



Mon

EMILIO FRUGONI



SOCIALISMO, BATLLISMO Y NACIONALISMO



EDICIONES SOCIALISTAS



TALLERES APOLO

EMILIO FRUGONI

—————

SOCIALISMO, BATLLISMO Y NACIONALISMO



EDICIONES SOCIALISTAS

—————

TALLERES APOLO

Advertencia

Hemos reunido aquí algunos artículos de polémica publicados en diversos diarios montevideanos. De los muchos que el autor ha escrito conteniendo sobre temas de política, hemos seleccionado, a los efectos de esta recapitulación, los que mejor pueden servir para deslindar posiciones y esclarecer el criterio popular en lo relativo a esa permanente controversia del socialismo con las viejas organizaciones políticas del país.

Otros artículos, también de polémica, aparecidos en "La Razón", de hace algunos años bajo el título común de "Pido la Palabra"; en "Justicia" — cuando éste diario era órgano del Partido Socialista — y en "El Sol", serán recopilados a la mayor brevedad posible.

ARIEL Y CALIBAN

Un suelto dedicado a comentar en las columnas de este diario el homenaje que la juventud universitaria nacionalista se propone rendir a la memoria de Aparicio Saravia ha tenido la virtud de arrancarle a "El País" un estrepitoso editorial encendido, todo él, en el cárdeno fulgor de una cólera de tragedia. Ahucando la voz en el megáfono de la hipérbole, tronitúa de indignación contra nuestra irreverencia para con la memoria del insigne caudillo, acusándonos de ser incapaces de comprender a Saravia... y a Artigas. Pobre Artigas! No bastaba que el apasionamiento hostil de algunos historiadores argentinos, se ensañara con él, pintando su figura con los más sombríos colores; hoy es también inevitable que el fanatismo partidario de ciertos patriotas con divisa, someta su personalidad a comparaciones impropiedades. Nosotros guardamos mayor respeto a la memoria de Artigas.

Ah! pero no queremos proporcionarle al colega la ocasión de escribir rimbombantes artículos de desagravio al caudillo rural cuyo prestigio póstumo entre la masa partidaria sigue siendo río abundoso donde pueden llenarse todavía muchos cántaros para la actual sustentación de caudales políticos; ni deseamos hacerle tren al homenaje dando motivo a que sus organizadores tomen pretexto de nuestras apreciaciones, por inofensivas que fueren, para exaltar el fervor de las idolatrias saravistas.

No disutiremos a Saravia, si bien nos permitiremos opinar que entre Saenz Peña — honrado a justo título por los socialistas de la Argentina — y él — honrado hasta el frenesí por los nacionalistas del Uruguay — media la distancia que separa a un gobernante civil, de amplias vistas de futuro, cuya obra memorable consiste en haber im-

plantado una reforma electoral de enorme trascendencia abriendo la vía de la democracia; y un jefe gaucho de esas montoneras cuyas correrías frecuentes fueron un siglo de nuestro atraso político y social y un ataque renovado a la prosperidad del país.

Hemos de permitirnos asimismo sonreír plácidamente — ¿cómo tomar con otra disposición de ánimo ciertas deliciosas ocurrencias? — ante aquello de que si el Partido Socialista existe entre nosotros es gracias a Saravia... Las "lanzas reivindicadoras" que como la espada de los barones ingleses arrancaron no sabemos qué Carta Magna a los Juan Sin Tierra de este país, habrían sido, según el diario blanco, las conquistadoras de nuestro derecho a la vida. El nombre de Juan Sin Tierra delizado en un párrafo del vibrante editorialista, nos conduce a pensar en la irónica coincidencia de que sean hoy, entre nosotros, los Juanes "sin tierra" quienes deban rescatar importantes derechos de manos de los "barones" criollos que en su mayoría prestaban el concurso de su dinero al caudillo del Cordobés, él mismo uno de los grandes representantes de nuestra nobleza agraria. Son estos, después de todo, sus verdaderos pergaminos de aristocracia, y conste que no le hemos exigido, como "El País" pretende, ningún título intelectual para reconocer la oportunidad del homenaje. Este nos preocupa en cuanto manifestación de vuelta espiritual hacia el pasado, por los recuerdos que evoca y las pasiones-regresivas que está llamado a suscitar. Para el diario blanco esto revela carencia de comprensión de los valores morales y ausencia de idealidad...

A nosotros, según él, nos mueve el estómago. No otra cosa parecía mover, en aquellas cruzadas "idealistas" de las montoneras de Saravia, a los que ostentaban en su chambergo como divisa y programa de acción, el lema de: "Aire libre y carne gorda", cuyo sentido encierra toda una revelación de determinismo económico y explica el factor fundamental que hacía posible y estimulaba la adhesión de las muchedumbres campesinas a las aventuras guerreras. La perspectiva de la "carne gorda" no es sin duda una sugestión idealista, pero ¿cómo negar a los hambrientos el derecho de erigirla en una imperiosa aspiración?...

Al pueblo explotado suele ocurrirle cuando reclama mejores condiciones de vida frente a los "idealistas" cómodamente arrellanados en el banquete del privilegio, que estos, con olímpico desdén, le increpen

llamándole: "materialista"... Para los periodistas defensores de las ventajas materiales de la burguesía, los socialistas carecemos de idealismo porque exhortamos a las masas proletarias a preocuparse de la defensa de sus intereses. Pero ¿cuál es el idealismo de la burguesía y de los profesionales de la política criolla? Ese "idealismo" consiste en exigirle idealidad a los desposeídos, negándoles al mismo tiempo las condiciones de existencia necesaria para que, sobre la salud del cuerpo, se eleve cada vez más radiante la llama del espíritu. Ese idealismo consiste en oponer las más reales barreras al avance del sentimiento de justicia social, apuntalando las instituciones que creadas por un estrecho egoísmo de clase, hacen perdurar las desigualdades económicas e imponen en el mundo la ley de hierro de los intereses capitalistas. Y se quiere hacer creer que son ellos, los satisfechos y los parásitos mentales del prejuicio organizado son los Aríeles, los detentadores de esa noble virtud de las especulaciones idealistas y los únicos que poseen la abnegación y el espíritu de sacrificio! Ellos, los que se reparten el botín de las riquezas colectivas o navegan con gran tranquilidad de ánimo en las aguas de un plácido conservantismo, dejándose arrullar por los parabienes de los poderosos y el ritmo habitual de una existencia sin privaciones... Para ser socialistas es preciso renunciar a muchas cosas, chocar con muchas fuerzas, soportar francas o disimuladas persecuciones. Nada exige más espíritu de sacrificio que la lucha en nuestras filas. ¿Qué no nos guía la luz de ningún ideal? Y quienes nos lo dicen! Precisamente los representantes de partidos sin ideas — y por consiguiente — sin ideales. "Sé estómago" — gritaríamos al pueblo, según ellos. ¡Cuán ridícula acusación! Somos el único partido que se esfuerza en hacer del proletariado un gran cerebro. Los paladines del privilegio son los que se empeñan en que el pueblo no sea sino un estómago... Un estómago vacío.

LA VIGA EN EL OJO

“El Día” y “El País”, coincidiendo en un idéntico gesto de defensa ante un peligro que amenaza a los partidos tradicionales de que uno y otro son voceros: el peligro del crecimiento de nuestras fuerzas electorales, salen ayer blandiendo lanzas contra nosotros. Nos complace la coincidencia, que sirve bien para ubicar nuestra posición en el debate ardiente de la política nacional, y nos permite batirnos a dos bandas, simultáneamente, con adversarios a quienes une en el trance la preocupación de oponer un dique de mistificaciones y pamplinas a la marea ascendente de la conciencia proletaria.

El señor Batlle, ocultándose bajo el seudónimo de Whip nos dedica un artículo en el que se mezclan de extraña manera, las lamentaciones, los ataques y los consejos... También desliza alguna inocua malignidad, como aquella de poner en duda que JUSTICIA sea el órgano autorizado del socialismo en el país, queriendo probablemente dar a entender que mejor representan al “socialismo” entre nosotros ciertos “elementos avanzados” adheridos a la política del señor Batlle por el cordón umbilical de un sueldo del erario público o por la vehemente esperanza de conseguirlo.

“Justicia” — dice — mira a nuestra agrupación ciudadana con un profundo rencor.

He ahí algo que podríamos también exclamar nosotros: el batllismo mira al partido socialista con odio reconcentrado. Cuando comprendió que el propósito de nuestro partido era organizar a la clase obrera en una falange política autónoma para luchar con armas propias en defensa de sus intereses inconfundibles, redobló sus esfuerzos en el sentido de dificultar nuestro crecimiento embaucando a la masa trabajadora con la eancción del “socialismo sin bandera” y la patraña de que votar por el partido socialista era perder el voto... ¿Puede creerse en la sinceridad de quienes proclamándose grandes amigos de los obreros ven, sin embargo, con malos ojos la constitución de un partido político de la clase obrera?... No somos, pues, nosotros los

que debemos ir a confundirnos con los batllistas, sino los batllistas quienes deberían venir hacia nosotros, si realmente tuvieran la preocupación de elevar al proletariado y de verlo hacerse digno y capaz de dirigir sus propios destinos emancipándose de los vínculos que lo ataron a la política tradicional y lo mantienen dentro de ella en una situación humillante. El batllismo pretende que renunciemos a nuestra razón de ser haciéndonos batllistas. Con más derecho — porque tenemos un ideal y un programa definido — sostenemos que los batllistas partidarios de la causa del proletariado, son quienes debieran renunciar a su batllismo para hacerse socialistas.

Se explica, pues, nuestra guerra a una agrupación que se empeña en retener a las masas populares en los cuadros del tradicionalismo adormeciéndolas con el opio del “obrerismo burgués” y excitándolas, cuando hace falta, con las sugerencias de la divisa.

“Nadie ha hecho tanto como nosotros por el proletariado, ni dentro ni fuera del país” — añade arrogantemente. Un momento!... No hemos de negar que algunas leyes obreras existen en el país. Pero de ellas ¿cuántas se deben efectivamente al batllismo? A Batlle algunas, al batllismo ninguna. Porque si Batlle las proyectaba, y algunos batllistas las apoyaban, otros batllistas las combatieron, logrando detenerlas, a veces con irresistible y desesperante eficacia. La ley de ocho horas — que se quiere erigir en el más alto galardón otorgado a los trabajadores por la generosidad del batllismo — fué combatida por amigos políticos de Batlle y detenida por actuales miembros del batllismo en forma que la cercena y la desnaturaliza. Si se dice que es preciso referirse, no al batllismo de antes, integrado por hombres que hoy militan en las otras fracciones coloradas, sino al grupo batllista de ahora, habrá entonces de reconocerse que esa ley es también obra del vierismo, pues son hoy vieristas muchos — la mayoría — de los señores que la incorporaron al cuerpo de nuestras instituciones en una angustiosa víspera electoral...

También es obra del vierismo, juzgando con ese criterio, la ley de pensiones a la vejez, y la de prevención de accidentes, (proyectada por un vierista) — y la del trabajo nocturno en las panaderías, y la jubilación de ferroviarios, tranviarios, etc. (proyectada por un nacionalista) y... pare de contar. Países gobernados por partidos reacciona-

rios — ya lo demostramos en números anteriores — cuentan con más leyes obreras que el nuestro. Si a esto se añade que al batlismo “auténtico”, al de actualidad — es decir al compuesto por los que hoy como ayer siguen a Batlle, apenas debemos un par de leyes de esa índole, nos veríamos obligados a arribar a la consideración de que tendrían más motivos para ser “reaccionarios” en otros países los obreros que aquí para ser batllistas...

No se trata tan solo de las leyes dictadas — acaso se advierta — sino de la tendencia general de la acción política y del conjunto de actos de gobierno o de iniciativas de legislación. Pero entonces hablemos no solamente de los bellos proyectos sin realizar, sino de las prácticas corruptoras del batlismo, de la organización del soborno de voluntades por la prebenda burocrática, del proselitismo a costa de presupuesto nacional, del “torniquete” administrativo, de la caza compulsiva del voto, de las tolerancias criminales con los ladrones públicos por ser buenos correligionarios... Y hablemos de las leyes protectoras de ciertos grandes industriales para enriquecerlos a expensas de las necesidades del pueblo; y hablemos del crecimiento incesante del ejército, y de la multiplicación infinita de las oficinas innecesarias y de los grandes sueldos a los paniaguados, sobre la base de un sistema tributario injusto y antidemocrático, en el que predominan los impuestos a los consumos populares y las patentes a las industrias y comercios útiles. Eso también es obra del batlismo, y obra en la que se han complicado, — para esa sí — con perfecta unanimidad, todos los representantes y dirigentes de la agrupación.

“En el Cuerpo Legislativo formaremos uno de los grupos más fuertes... Y el más bien dispuesto en favor de las reivindicaciones socialistas”.

Nosotros pensamos que nadie puede estar mejor dispuesto para con las reivindicaciones socialistas, que los socialistas mismos... Admita que intentemos realizar esas reivindicaciones; pero nos pide que mientras no podamos realizarlas, dejemos que otros lo hagan. Que lo hagan los batllistas, claro está. Nosotros no podemos dar al pueblo sino el consejo de que haga el mismo — por el órgano de un partido suyo, de clase — lo que necesita o le conviene hacer.

“La cuestión de personas solo interesa a las personas, las ideas in-

teresan a todos”. De acuerdo. Por eso queremos llevar al parlamento a personas cuyas ideas sean bien conocidas y estén obligados a defender las ideas convenientes al [mejoramiento y elevación] de los proletarios. De ahí que exhortamos al pueblo productor a votar por programas, no por hombres; y como el batlismo no tiene programas... Porque para nosotros no constituyen programas las simples declaraciones efectivas o los proyectos individuales que a nadie obligan. Partidos con programa son los que están organizados de tal modo que las promesas formuladas ante el electorado imponen a sus representantes — a todos sus representantes — la ineludible obligación de cumplirlas. Con el batlismo ocurre que nunca se está seguro... Cuando cree que las reformas obreras atraen votos, las proclama y promete; cuando cree que dividen las fuerzas y ponen en peligro sus posiciones, las retira. Así hizo a raíz del 30 de Julio, acatando la orden de máquina atrás dada por el presidente de la república con el consentimiento unánime de la Convención integrada por los amigos íntimos de Batlle y el propio Batlle en persona...

“Cada vez que se habla en nuestras filas — continúa Whip — de un proyecto favorable al proletariado, dicen los conservadores: Eso es para conseguir votos!” Y nosotros decimos idéntica cosa cuando vemos que se lanzan iniciativas sin más propósitos que el de atrapar adhesiones electorales.

Ya hemos explicado en nuestras columnas la diferencia “que existe entre la “caza”, “la pesca” y la conquista del voto... El batlismo — decíamos — anduvo a la “caza” del voto cuando pudo poner ante el pecho de los empleados y dependientes de la administración pública, la escopeta de la destitución o ante la gula impaciente de los aspirantes la miel de las promesas personales.

Hoy se ve en la necesidad de concretarse a la pesca, con red, valiéndose de los proyectos simpáticos y oportunistas. La conquista del voto es otra cosa. Conquistar votos prestigiando la propia acción con iniciativas benéficas para el pueblo, es el medio más legítimo de propaganda. Esto ya lo hemos dicho respondiéndole al mismo señor Batlle. Pero éste no quiere darse por entendido, creyendo, de ese modo, ponernos en difícil situación frente a nuestros propios actos. Lo que nosotros reprobamos es la explotación de las reformas por sus efectos electorales, tan distinta de la preconización de las mismas en mérito a

sus virtudes y con la honesta intención de llevarlas a cabo. Lo que reprochamos es la presentación de los proyectos después de haber dejado pasar las oportunidades en que la fuerza política del partido los hubiera podido imponer. No reprochamos al señor Batlle lanzar una iniciativa favorable a los obreros del Estado; le reprochamos el no haberla propiciado cuando fué presidente de la república o cuando ejercía sobre la agrupación oficialista una indiscutible influencia de consejero y director. No reprochamos a los legisladores batllistas el elaborar un proyecto de salario mínimo, como el senador Etchevest, sino el dejarlo dormir durante años en las carpetas y acordarse recién de resucitarlo a dos días de la terminación del período parlamentario y a cinco o seis semanas de las elecciones...

“También dice Whip — “Justicia” ha aparecido dos meses antes de los comicios”. No ocultamos nuestro empeño por conquistar afiliados para nuestro partido y votos para nuestros candidatos. Y nada tendría de particular — Whip lo reconoce — que hubiéramos querido reforzar nuestra campaña con un diario a tres meses (no dos) de las elecciones, desde que a la clase obrera conviene contar en las cámaras, con la más numerosa representación posible, así como necesita de la consolidación y el desarrollo de nuestro partido a favor de estas intensificaciones de la propaganda escrita en las ocasiones más oportunas.

Pero Whip procede con inofensiva mala fé cuando pretende que nuestro “fervor propagandista ha estado adormecido tantos años y sólo despierta cuando leyes nuevas hacen más fácil el acceso a las diputaciones”. Este delicioso señor Whip parece no vivir en el Uruguay. Tal vez su aislamiento en Piedras Blancas, y el silencio sistemático de su diario respecto a las actividades de nuestro partido, le impiden advertir la inexactitud de su acusación.

Desde luego, admitiendo que ese “fuerte capitalista” a que alude tuviese una fortuna como la que el señor Batlle (no tiene ni la décima parte) ha podido acumular merced, sobre todo, a lo fructífero de su obrerismo, conviene recalcar que un diario no se hace solo con dinero, y que si nuestro partido no ha contado antes con los elementos indispensables para completar sus medios de difusión con un órgano cotidiano, se debe a que ha debido formarlos en la brega constante, dentro de sus filas, frente a los obstáculos opuestos a la incorporación de in-

telectuales por esa obra de corrupción cívica realizada con funesta perseverancia por los gobiernos colorados, y especialmente por el señor Batlle. Además, nuestro diario no podía ser producto de un sólo esfuerzo personal, sino que debía ser, como lo es, el resultado de la cooperación de todos en el anhelo, de mucho tiempo atrás perseguido, de constituir un vocero cotidiano de los ideales y aspiraciones comunes.

Pero si no teníamos diario, teníamos semanarios, que también exigen recursos, y abríamos centros y bibliotecas, y levantábamos tribunas en todas las zonas de la ciudad; y prestábamos a los trabajadores nuestro concurso en toda forma, hablando en sus mitines, dándoles conferencias — no solo de propaganda, sino científicas y literarias — orientando su conciencia o defendiéndolos ante los jueces cuando los gobiernos apoyados por el batllismo los encercebaban y los perseguían. Esta múltiple actividad, comenzada hace quince años, nos condujo al parlamento — donde también desplegamos más “fervor propagandista” de buena ley que todos los representantes del batllismo juntos — y a la Constituyente, donde tuvimos que reñir frente a los batllistas grandes batallas en favor del voto secreto y contra el regalo de los bienes nacionales a la iglesia.

Si Whip no lo ha visto es porque la viga que cree descubrir en nuestros ojos, está en los suyos. Hagamos, si, honor. — como él dice — a las buenas intenciones. Pero ¿cómo reconocerlas?

Los trabajadores pueden tener un medio para acercarse a ese reconocimiento. Desconfíen de los “obrerismos” que se traducen para quienes los pregonan en pingues ventajas personales. Y cuando vean un grupo de hombres cuyo obrerismo los expone a la persecución o a la hostilidad de los poderosos y les impone sacrificios de todo orden, deberes difíciles, proscripciones dolorosas, improbas tareas, rudas batallas, tengan la seguridad de hallarse ante defensores sinceros y respetables de la causa que invocan.

Pero si aplican esa piedra de toque a los componentes del batllismo van a poner al descubierto mucho metal de calidad inferior bajo el deslumbrante reflejo de los “ideales proclamados”...

La excesiva longitud de este artículo nos obliga a dejar para mañana la respuesta al editorial con que “El País” pone en guardia a sus lectores contra el “peligro socialista”.

NACIONALISMO

También "El País", como "El Día", pretende oír recién ahora nuestra voz, pues habla de un socialismo antes afónico que hoy se organiza y se hace escuchar desde las columnas de nuestro diario. Y sin embargo, en el mismo número donde nos llama afónicos, cita en dos sitios distintos, palabras nuestras, pronunciadas hace algún tiempo con voz que el diario nacionalista no ha podido menos de percibir. Roncos estaremos, probablemente, y no afónicos: roncos de predicar sin descanso ideas que algún camino han de estar haciendo cuando los grandes diarios blancos y colorados se ven precisados a intentar contrarrestarlas. Roncos de gritar en defensa de los trabajadores mientras los nacionalistas permanecían callados, como mudos, en las cámaras y en la prensa. Roncos de protestar por los desmanes cometidos contra la clase obrera organizada durante gobiernos, como el de Williman, que cerraban locales para sofocar huelgas, y prohibían reuniones y apaleaban al proletariado, mientras los representantes nacionalistas guardaban un silencio cómplice. Roncos de acompañar a los obreros en su indignación por los atropellos perpetrados en Agosto del año anterior, que no merecieron del partido nacional condenación alguna y hasta obtuvieron la sanción explícita de sus dirigentes. Roncos de clamar contra las medidas extraordinarias adoptadas por Viena y Sampognaro con el pretexto de imaginarias conspiraciones maximalistas y para proceder a la inhumana "caza del ruso" mientras los legisladores nacionalistas aprobaban—en sesión memorable por el baldón que significa para los anales de la legislatura nacional—los inauditos atentados "precaucionales"... Roncos, finalmente, de gritar contra el reciente malón a las asociaciones obreras, en tanto que los representantes del nacionalismo aplaudían la energía del gobierno en la suspensión arbitraria de las libertades del pueblo obrero y los inícuos procedimientos policiales... Pero roncos y todo, nuestra voz se hace oír lo bastante para que los partidos tradicionales comiencen a sentirse preocupados por los efectos de ella en la masa popular.

"El País" para desprestigiar esa voz, la señala como expresión de sentimientos contrarios a la nacionalidad, el secreto de cuya

grandeza pretenden tener en sus manos quienes han conspirado constantemente contra los verdaderos y fundamentales intereses de la nación, que son los de la clase productora, fraguando revoluciones que la arruinaban, detenían su progreso y la desacreditaban ante el concepto general del mundo civilizado. Enemigos de la patria nos llaman porque no queremos ver en ella sino al pueblo que constituye su sustancia real y su contenido viviente, y en tal virtud sólo admitimos una única manera de engrandecerla: trabajar por el mejoramiento, elevación y dignificación del pueblo mismo, generalmente explotado y oprimido por quienes hacen de la patria una entidad distinta de su sustancia biológica y en pugna con sus positivas conveniencias materiales o morales. Y en nombre de un sistema social que con la propiedad privada de los medios de producción, legítima y consagra lo que es fuente y baluarte de las mayores injusticias e impone así como ley el despojo y la iniquidad organizados, nos denuncian como enemigos de la propiedad — que aspiramos a extender y universalizar, transformándola en bien de todos para que deje de ser el privilegio de unos pocos. Nadie defiende mejor que nosotros la propiedad de las retribuciones del trabajo, contra la cual atentan, cercenándola, el sistema del salario y los principios fundamentales del régimen capitalista, que tan denodadamente creen apuntalar, defendiéndolo hasta en sus mayores excesos y anomalías, los órganos burgueses y reaccionarios como "El País". Así también, esos paladines de un régimen económico y social que destruye a la familia en el pueblo, desquiciándola, dispersándola y aventado sus componentes a los cuatro puntos cardinales de la explotación industrial, nos acusan de ser terribles enemigos de la familia y de sus sentimientos esenciales. Pero eso no les basta. Quieren concitar contra nuestro partido prevenciones xenóforas, presentándolo como un grupo de extranjeros "cargado de enseñanzas extranjeras"!...

Ridícula acusación en un país de cosmopolitismo como el nuestro, donde los mismos viejos partidos que hoy quieren envolverse con gesto de dramático orgullo en los pliegues de la bandera nacional y proclaman como supremo honor su repugnancia por las contaminaciones extranjeras, no desdeñaron el concurso del extranjero para dirimir en los campos de batalla sus pleitos políticos y no pueden impedir que en sus filas figuren extranjeros ni que extranjeros los representen y dirijan!

El Dr. Alfredo Vázquez Acevedo, miembro nacionalista del C. de Administración, nació en la República Argentina; los diputados A. Rodríguez

Larreta, Juan A. Ramírez y Duvimioso Terra nacieron también fuera del territorio uruguayo. ¿Como puede, pues, el órgano del partido nacional reprocharle al partido socialista el no estar compuesto exclusivamente de nativos? Esos aires de boxer, absurdos y odiosos en todas partes, más lo son en repúblicas como éstas del Río de la Plata, donde todo lo que somos y valemos — ya lo dijo Alberdi — del extranjero nos vino.

Xenofobia de clase — por lo demás J— pues tolera y adula al hombre venido de otras playas si es capitalista o se mezcla a las oscuras corrientes de la política criolla; y abomina de quien perteneciendo a la legión de los explotados, se incorpora al movimiento renovador con su cerebro libre de telarañas tradicionales y su resuelta voluntad de combatir por la causa de la emancipación obrera.

“El País” nos niega el derecho de “fulminar a los viejos partidos que vivieron todas las penas y todas las esperanzas de la patria”.

Y nos niega ese derecho porque, según él el socialismo “llega recién a nuestras playas y sus doctrinas se forjaron en lejanas regiones”... ¿Curiosa teoría y más curiosa aún en un diario que no pierde ocasión de proclamar su fe cristiana o su acatamiento a una religión cuyos dogmas se forjaron también en lejanas regiones y cuyas autoridades más altas son extranjeras y tienen su sede en el extranjero!

Pero, nuestras instituciones políticas, nuestras leyes fundamentales ¿son acaso obra puramente nacional? ¿No las copiamos de otros países; no vinieron de Francia, de Norte América, de Inglaterra, de Suiza? Instruidos en libros extranjeros, nuestras ideas generales son importadas como nuestros costumbres, nuestros trajes y nuestras modas.

Por lo demás, el socialismo no es extranjero en ningún país del mundo, porque siendo universal es ciudadano de todas las naciones al mismo tiempo, ya que en todas responde a necesidades sociales propias del momento histórico y en todas traduce aspiraciones comunes a todos los explotados del planeta o ideales de justicia que no se encierran en los límites de ningún territorio.

Los obreros que integran nuestro partido tienen bien el derecho — aunque algunos no hayan nacido en el país — de defender los intereses de su clase actuando en el terreno político y haciendo de la política algo más que un vano juego de ambiciones individuales o de pasiones atávicas, porque para ello viven y trabajan entre nosotros contribuyendo a la prosperidad colectiva con su esfuerzo fecundo. Y tienen, por con-

siguiente, la indiscutible facultad de “fulminar” a esos partidos burgueses cuya acción ha sido tan funesta para la suerte de los productores, en esta república donde aquellos pretenden ser las únicas agrupaciones dotadas de personería bastante para interpretar fielmente las verdaderas aspiraciones nacionales.

NUESTRA INGRATITUD

Se acuerda recién ayer "El País" de contestar el artículo con que a nuestra vez replicamos un editorial suyo sobre nacionalismo y socialismo. Y la verdad es que el largo proceso de meditación que ha precedido su contra réplica no ha logrado proporcionarle mayor eficacia. Su tesis preferida consiste en atribuirnos una indisculpable ingratitud para con el partido blanco, a quien — según él — le debemos la existencia.... Y llama al socialismo "secuaz malhumorado" de ese partido "porque ninguna fracción como la socialista hállase en el deber de reclamar la libertad de sufragio y la exacta administración de los dineros públicos". La lógica de esta conclusión nos resulta desconcertante... Reclamar la libertad de sufragio y la exacta administración de los dineros públicos, es deber elemental de todas las agrupaciones ciudadanas; ¿todas serán por eso "secuaces" del nacionalismo? ¿O cree "El País" que su partido es un inventor, con privilegio de exclusividad, de esa finalidad partidaria?... Y a renglón seguido quiere condenarnos a perpétua hidrofobia diciéndonos:

"Rabie, pues, el socialismo cuanto quiera. — Es lo cierto que gracias al P. Nacional tiene representación proporcional para llevar sus representantes a la Cámara"... Lo dicho: le debemos la vida! Estos partidos criollos, que tanto han obstaculizado el desenvolvimiento natural del país y su necesaria evolución hacia normas de verdadera democracia, pretenden ejercer actos de conmovedora generosidad cuando renuncian a los privilegios políticos o a las ventajas injustas de que largamente disfrutaron al amparo de leyes inequitativas elaboradas por ambos en colaboración. Gracias a leyes electorales que sólo daban entrada a las dos fracciones tradicionales y que fueron confeccionadas por representantes de una y otra fracción histórica, entrambas se repartieron hasta ahora la representación nacional, obstaculizando el crecimiento de las otras agrupaciones políticas. Cuando forzados por los acontecimientos, los viejos partidos, derogaron en trance de una reforma constitucional, aquellas leyes que establecían una especie de proteccionismo po-

lítico, para implantar el principio de la proporcionalidad, reclamaron la gratitud de las pequeñas fracciones hasta entonces excluidas arbitrariamente del recinto de la representación. Se reconoció a los pequeños partidos derechos que se venían negando. Y los mismos que se los negaban, una vez que se los reconocen, nos dicen: dadnos las gracias! No nos creemos obligados a ello, porque no se agradece al ladrón que, para eludir sanciones penales, nos devuelve lo que nos ha robado... Pero los nacio-

nallistas sostienen haber combatido siempre por la representación proporcional. En la Constituyente, sí; pero después de haber ido a la lucha comicial del 30 de Julio con la bandera de no tocar la vieja Constitución, ni siquiera para añadirle las leyes electorales consagratorias de ese principio. En la Constituyente — se dirá — pudieron ponerse de acuerdo con los colorados para escamotear una vez más la proporcionalidad a los otros partidos; y sin embargo no lo hicieron... Hubiera sido el colmo! En el terreno del pacto ninguna de las dos fracciones rivales se hubiera atrevido a cargar ante la opinión pública con la responsabilidad de proponer ese escamoteo, y menos cuando tanta falta hacían las reformas electorales para prestigiar un convenio mediante el cual una parte se aseguraba altas posiciones administrativas para los dirigentes, mientras la otra, regalaba los bienes del Estado a la iglesia. Demasiado comprometidos estaban ambas por sus reproches mutuos, y demasiadas aspiraciones populares excluían del pacto, para que pudiesen impunemente prescindir de garantías que, después de todo, eran convenientes a ambas desde que ninguna podía estar segura de ser mayoría en las contiendas comiciales futuras. Y en todo caso, quien más se beneficiaba con el voto secreto y la proporcionalidad, frente a su viejo adversario, era el partido blanco, porque el otro siendo dueño del ejército, de las policías y de las Intendencias, no podía resultar favorecido con la aplicación de esas reformas. Hubo, pues, más desprendimiento en los colorados, desde ese punto de vista. ¿Tendríamos también que agradecerles el haber consentido en no ahogar tan fácilmente como antes, la voluntad del pueblo en las urnas con el peso de los votos forzados?

Pero deberíamos al menos reconocer — en concepto de "El País" — los sacrificios realizados por el partido blanco para conquistar, al precio de mucha sangre derramada en el transcurso de una epopeya intermitente, ilustrada por infinidad de episodios bélicos, la libertad política y el derecho del sufragio. Y nosotros decimos: legítima y honrosa

es la aspiración del partido blanco a conquistar la libertad de sufragio; pero cuando luchaba por conquistarla no lo hacía sino en vista de sus propios derechos, y de sus propios intereses políticos, y no en vista de los derechos e intereses de otras agrupaciones. ¿Luchando por sus libertades, luchaba también por las nuestras? Tal vez, porque acaso era inseparables en cierto sentido; pero sólo le preocupaban las suyas; como lo demuestra el hecho de que ninguna revolución blanca haya desplegado la bandera de la representación proporcional.

Participación de los blancos en el gobierno de la república, reclamaban esas revoluciones. Y como el medio para llegar a ese fin era la libertad; sin perjuicio de que cuando pudieran contratar con los gobiernos colorados algún acomodo conveniente renunciaban a las exigencias de tal principio, como ocurrió en la época de los famosos "acuerdos". Y si sus esfuerzos han podido contribuir a la obtención de las actuales garantías, merced a las cuales podrán los nuevos grupos cívicos alternar en el debate legislativo de la república, de ello nos felicitamos, pero no nos consideramos deudores de ninguna manifestación de gratitud. Nos consideramos, en cambio, autorizados a combatir a un partido que solo quiere ejercer libremente el derecho de sufragio para poner de ese modo las fuerzas populares al servicio de tendencias retrógradas e intereses que no son los del pueblo trabajador. Y también lo combatimos porque, sin perseguir otros fines, desató sobre el país innumerables correrías, paralizando su progreso, destruyendo sus riquezas, derramando la sangre del pueblo, afrontándonos ante al mundo civilizado. ¿Qué eso era imprescindible para obtener las conquistas que hoy nos aprovechan a todos? Nosotros, entendemos que esas revueltas han retardado en vez de precipitar, el advenimiento de las grandes reformas electorales, porque han contribuido a mantener latente y encanado el fanatismo tradicionalista, que tanto obstaculiza la modificación de la organización política del país por el crecimiento de los modernos partidos de ideas e ideales. Sin contar con que no es cierto que esas revoluciones se hayan realizado para darle a la república el voto secreto y la representación proporcional. Generalmente, sólo se realizaron, como la del 1904, para protestar porque no se respetaban, a juicio de los nacionalistas, las posiciones otorgadas (las célebres jefaturas) por un contrato estipulado a raíz de otra larga y ruinosa revolución, o como la intentona de 1910, para impedir la elección de determinado presidente. Para eso se llevaba

al gauchaje a desastrosas aventuras guerreras; la ese gauchaje que según "El País" nosotros despreciamos porque lo queremos emancipar de la deplorable indigencia material y moral en que lo mantiene el atraso de nuestra campaña, por obra principalmente de ese funesto latifundismo de que "El País" es tan celoso y elocuente defensor...

Nadie ama tan sincera y profundamente a los pobladores de nuestros campos como quienes desean elevar sus condiciones de vida, liberándolo de las garras de la explotación latifundista y de las sugestiones oscuras del caudillaje incivil, instrumento a su vez de los caudillos urbanos de levita y chistera...

REMATANDO LA SUERTE

En nuestra réplica de ayer a un editorial del diario nacionalista nos colocábamos en el terreno más favorable a nuestro adversario, en lo tocante al papel histórico de las "revoluciones" en nuestro país, concediéndole hipotéticamente que ellas obedeciesen a la finalidad nacional de conseguir la libertad de sufragio. Nuestro propósito era el de llegar a la conclusión de que ni aún siendo así teníamos la obligación moral de mostrarnos agradecidos a esas conmociones frecuentes, realizadas con el objeto de contemplar ante todo intereses inmediatos de partido, y cuyas consecuencias eran desastrosas hasta desde el punto de vista de la misma finalidad invocada. Hoy queremos volver sobre el punto considerando conveniente aclarar bien nuestro concepto, para destruir la leyenda nacionalista que hace de las calamitosas revueltas civiles llevadas a cabo por el partido blanco, otro tantos títulos a la veneración de las generaciones nacionales.

Con esas revueltas que según "El País" se hicieron para implantar los más puros principios de la democracia política, se perseguía un fin inmediato: el derribo de los gobiernos colorados para sustituirlos por los gobiernos blancos. Probablemente — no estamos seguros — si los gobiernos hubiesen respetado esos principios y no hubiesen falseado la expresión de la voluntad popular en las urnas, los blancos no hubiesen hecho tantas revoluciones. Al menos mientras los comicios los consagraban como mayoría electoral, no hubieran sentido necesidad de insurreccionarse. ¿Contra quien o quienes, si serían entonces los dueños del poder público? Entonces, hubieran sido los colorados los revolucionarios, como lo fueron cuando los blancos gobernaban. Y su bandera hubiera sido también, como lo fué en tiempos de Berro, la de los principios de la democracia, pues a esos partidos criollos la libertad de sufragio les interesa enormemente... cuando están en el llano. Les interesa en cuanto puede permitirles escalar las ansiadas alturas del mando; pero la miran con irremediable aversión en cuanto puede exponerlos a descender de esas alturas. Por el sufragio, si es posible, y si no, por la revuelta, ellos quieren arribar al poder. Y he aquí que como el poder constituye para

ellos un fin donde terminan y se agotan todas las aspiraciones partidarias, y no un medio para la realización de altos propósitos (de trascendencia nacional), su disputa por la preeminencia política queda reducida a las estrechas proporciones de un pleito suyo, de una cuestión de ellos y para ellos...

El partido blanco en 1904 — para no lanzarnos a una excursión demasiado extensa por la historia del país — se alzó en armas para defender los famosos "feudos", las jefaturas en cuya administración hubiera podido poner en práctica esos buenos principios de gobierno y de moral política de que se considera entre nosotros el más puro depositario.

Arrojó así sobre la nación una tempestad de sangre y de barbarie cuyos efectos fueron terribles para la vitalidad de la república y la suerte de nuestro pueblo. ¿Valía la pena someter a la república a esa dura prueba y descargar sobre su población esa nueva y tremenda desgracia? ¿Qué eran, que significaban esos baluartes jefaturiales para cuya defensa se recurría a tan desesperados medios? Caía con ellos algún principio de esos por los cuales deben sacrificarse los hombres y jugarse la vida? ¿Representaban algo precioso y esencial para el pueblo a quien se hacía soportar la catástrofe de una nueva guerra civil? En esos feudos, gobernados por los blancos, el respeto por la libertad de los ciudadanos y la moralidad administrativa no eran ciertamente ejemplares; y ese partido que en la práctica no supo hacer honor a sus declaraciones, levantaba su pendón de guerra para no dejarse arrebatar lo que solo le sirviera para desacreditarse ante la historia! ¿Es eso lo que debemos agradecerle?

Y como estamos metidos en el tema, no queremos abandonarlo sin reproducir consideraciones por nosotros formuladas, en otra oportunidad, respecto a las insurrecciones de que los blancos quieren hacerse ahora un timbre de honor.

La libertad de sufragio es un derecho sagrado, que los partidos tienen la obligación de reclamar y defender. Los gobiernos que atentan contra ese derecho son salteadores de la democracia, y sus desmanes deben encontrar en la conciencia pública la más indignada condenación. Los gobiernos deben, pues, respeto absoluto a esa libertad. Pero los partidos tienen a su vez la obligación de poner ese derecho — el inalienable derecho del sufragio — al servicio de ideas, de principios, de postu-

lados concretos, de ideales prácticos de gobierno. Mal pueden por tanto la horrible hoguera de la guerra intestina con el objeto de alcanzar aquella libertad, las agrupaciones políticas que no saben hacer de ella el uso debido. Medios tan heroicos y de consecuencias siempre tan dolorosas, sólo se explican cuando se trata de conquistar bienes positivos para la suerte del pueblo. La libertad electoral llega a ser un bien considerable, no porque a su amparo pueda el partido blanco obtener mayor representación, sino porque ella permite la intervención efectiva de todos los partidos y estimula por consiguiente el crecimiento de los nuevos, capaces por sus ideas de dar a esa libertad un contenido sin el cual carece de valor y virtud. En ese sentido, podrían los revolucionarios blancos, pretender que ellos, mientras bregaban por una causa propia, se "sacrificaban" por el bien general; si no fuese que la "libertad de sufragio" para ellos se ha limitado al "derecho" de su partido a compartir con el colorado la representación y el poder. Les ha bastado la posibilidad de acomodarse en el reparto de las posiciones políticas, para deponer las rebeldías más belicosas, y de ahí que las leyes electorales surgidas a raíz de este o aquel movimiento revolucionario, sólo han dado cabida y reconocido personería a las dos viejas fracciones; es decir, a dos viejas fracciones sin ideas ni ideales. Lo que significa que las revueltas, en definitiva, se hicieron con el fin de conquistar, a costa de la ruina de la nación y la sangre del pueblo, posiciones para un partido, pero no reales y positivos bienes para la república.

NUESTRAS RAZONES

Desviando un poco la polémica que venimos manteniendo con el órgano nacionalista, este se consagra a hacer a su modo, la exégesis de la revolución de 1904. No seguiremos al colega en todos los detalles de su reseña de los motivos de esa revolución, pues nos disgustaría enormemente incurrir en el chapoteo de aquellas interminables controversias de otros días sobre "las causas de la guerra"... Podríamos — para salir del paso sin mayores molestias — remitir a nuestro contendor a las versiones provenientes de su adversario tradicional y traer a colación los documentos oficiales que sobre el estallido de esa revuelta ha publicado ya el diario que viene dedicando las columnas de su folletín a la exhumación de hechos recordados por él ahora, con el propósito evidente de reavivar la llama del fanatismo partidista. No lo hacemos para que "El País" no crea que, realmente, "alguna vieja veta rojiza turba la limpidez" de nuestro espíritu... Y no lo hacemos tampoco, porque entendemos que también el partido colorado fué culpable de esa guerra, que se hubiera podido evitar si tanto en un bando como en otro no hubiesen predominado las exaltaciones políticas y el afán de no renunciar a ningún medio para dirimir el pleito histórico por la ocupación del poder. Solo queremos recordar la frase reveladora de aquel caudillo que al celebrarse la paz, en rueda de jefes nacionalistas, reconocía en un rapto de profunda sinceridad que no sabía por qué se había hecho esa revolución... Ese caudillo, sin embargo, fué de los que arrastraron a los azares de la lucha armada a otros hombres tan ignorantes como él de los motivos y finalidades de ese movimiento. Pero acaso se pretenda que esta comprobación de la inconsciencia de los actores de esa aventura bélica, no prueba que quienes la decidieron no obedecían al propósito de conquistar la libertad invocada, si bien ello pone de manifiesto una de las más lamentables características de la organización y de la acción de nuestras fracciones tradicionales. Tendremos siempre, sin embargo, el derecho de exigir se nos demuestre cómo la defensa de los famosos "feudos" — que Batlle se empeñó en arrebatarnos a los blancos — constituía la defensa de algo más que posiciones políticas del partido nacional, alzado en armas para reconquistar esos feudos y para conquis-

tar el gobierno mismo, meta final de todas sus agitaciones. Nos restituimos así a la argumentación que el diario nacionalista ha querido esquivar prefiriendo esforzarse en demostrarlos que ellos fueron a la revolución en 1904 obligados por la deslealtad de un gobierno colorado que violaba un pacto contenido entre ambas fracciones a raíz de una revuelta anterior. "Los feudos — dice "El País" — debían tener breve existencia. El pueblo debió ser llamado a elecciones meses después; en estos debía cumplirse la promesa solemne de libertad electoral". Pero es el caso que los feudos lejos de hacernos entrar en un régimen de libertad de sufragio para todos los ciudadanos del país, formaban parte integrante, y eran al mismo tiempo garantía, de un sistema de "acuerdos electorales" en que gustosamente consentían los blancos, a pesar de constituir ese sistema la negación misma del principio del sufragio. Y es lo que nosotros decíamos y volvemos a repetir: a nuestros partidos criollos les interesa mucho la libertad electoral en cuanto puede ser un medio para escalar el poder, y la reclaman afanosamente cuando les hace falta para participar del gobierno. Y esto es legítimo; pero como no vinculan esa libertad a finalidades más altas, como no hacen de ella un medio para realizaciones trascendentes, nos resistimos a agradecerles ese interés por un derecho que sólo defienden por lo que les conviene y no por lo que pueda convenirnos a nosotros. Claro está que no les reprochamos ese interés; lo que les reprochamos es que sólo lo sientan cuando están en el llano, y aun desde el llano lo hayan pospuesto frecuentemente a la impaciencia por arribar a las alturas, recurriendo a los medios rápidos y expeditivos, sin detenerse ante la consideración de los enormes males ocasionados con ello a la suerte de la república. Estos males no tienen excusa cuando se han causado persiguiendo como único fin el asegurar los derechos políticos de una agrupación ciudadana que no sabe o no puede poner esos derechos al servicio de una obra de renovación nacional y de progreso colectivo.

Desproporcionados a los mismos efectos posibles que "El País" atribuye como inmediata finalidad a las desastrosas revueltas, son de todo punto imperdonables cuando se deben — como realmente ha ocurrido — a mezquinas rivalidades de fracciones anacrónicas; y constituyen la culpa histórica de agrupaciones entregadas a procedimientos tan reñidos con el bienestar del pueblo y el desarrollo material y moral de la nación entera, su víctima propiciatoria durante más de ochenta años.

CON DON PEPE «EL TRANQUILO»

Siempre es de buen efecto, ante ciertos espíritus bobalicones, asomir en una discusión aires de imperturbable serenidad. El señor Batlle no lo ignora, y por eso, apenas nota en una discusión haber perdido los estribos, trata de recuperarlos, incorporándose nuevamente sobre el lomo de su dialéctica en actitud compuesta y tranquila, como de quien se esfuerza en ocultar que la procesión anda por dentro... Lo malo para el señor Batlle es que su dialéctica no tarda en dar corcovos reveladores de una marcada nerviosidad en la mano del ginete. Por otra parte, la dialéctica que según Sócrates es "la comadrona de las ideas", al señor Batlle no le sirve precisamente para partear ideas, sino para encerrarlas, al menos cuando le toca discutir con nosotros. El advierte, recogiendo una comprobación vulgarísima, que no tiene más razón en un debate quien más grita; pero esto no quiere decir que por fuerza ha de tenerla quien más calla. Y nadie calla tanto como el señor Batlle, quien adopta, como ciertos boxeadores de rostro endurecido, el sistema de pelear — si puede — sin tomar en cuenta para nada los golpes que certamente le aplican. La serenidad suele ser el recurso obligado de quienes carecen de otros mejores.

Pero no creamos en la tranquilidad de espíritu del señor Batlle. Por más que se empeñe, en su último artículo contra nosotros, en darnos lecciones de moderación (el diablo harto de carne, metido a monje!) es evidente que no puede con su propio genio, y a las primeras de cambio su incontenible agresividad personalista, se le sale viboreante de la vaina de superior cordura donde había querido ocultarla. Así, en otras ocasiones, olvidando su calidad de presidente de la república, con las inmunidades materiales consiguientes, se le iba al bulto a sus adversarios políticos sin temor a "los cuerpo a cuerpo"... periodísticos.

El doctor Frugoni, contra quien se encara directa y exclusivamente había refutado sus críticas a las prácticas de nuestro partido, en un editorial sin una sola palabra gruesa (que no prodiga) escrito en forma elevada, si bien con toda la eficacia indispensable para poner de relieve la injusticia de los ataques del señor Batlle y la falta de autoridad

de quien nos los dirigía. Ahora se muestra disgustado porque en otra parte del diario se le planteó un duro dilema: "o desequilibrado o farsante"... Reconocemos que cualquiera de los dos pitones de la sentencia tiene punta, de sobra para agujerear el más resistente amor propio. Pero el atudido podía haber esquivado uno y otro pitón, confesando lealmente haberse equivocado. *Errare humanum est*, como dice su colega religioso el Sr. Fajardo, "siervo fiel de María". Pero el señor Batlle no confiesa nunca sus errores; y antes de ponerse a demostrar que razona con perfecto equilibrio y no representa ninguna farsa al escandalizarse por los que él juzga defectos antidemocráticos de nuestra organización, prefiere negarnos el derecho de calificar sus actos y dichos, escuchándose en el pretexto de ser demasiado rudo nuestro modo de señalar... Vuelve a presentarse como una víctima de los demuestos de sus contendores. Y nos atribuye lengua demasiado suelta, olvidando que él, a semejanza de esas comadres chismosas tan a menudo exhibidas en los sainetes nacionales, se lo había pasado lanzando contra nuestro partido y sus hombres acusaciones en forma insidiosa, sin responsabilizarse, pero haciéndolas circular, del mismo modo que aquellas buenas señoras van a visitar a sus relaciones para anunciarles que "las malas lenguas andan diciendo por ahí que fulanita ha tenido un hijo"... "Nosotras no lo creemos — añaden — pero... las malas lenguas lo dicen, y además, podría ser cierto"....

Ayer mismo — después de haber sentado la máxima de que lo importante es lo que se dice y no quien lo dice — trae a colación, de los caballos, cierta torpe calumnia que no resiste al más ligero análisis y en la cual, a estas horas, no puede creer absolutamente nadie en el país, pues se trata de algo que hemos ventilado en varias polémicas con correligionarios y amigos del señor Batlle — hoy, precisamente, enrolados en las filas de esos a quienes, según él, dedicaríamos especial comedimiento — y con un diario nacionalista, hace cosa de un año. El propietario de "El Día" gusta de hacer absolver posiciones. Y nos pide aclaremos bajo palabra de honor "el punto" de si hubo o no quinientos policiales regalados como refuerzo a nuestra candidatura... ¡Es la burda invención brotada del envenenado encono que la obra de saneamiento moral llevada a cabo en el ambiente político por los socialistas, genera

en el alma de los politicastro a quienes duele el latigazo insistente de nuestra verdades! El señor Batlle sabe mejor que nadie cuán falsa es esa especie, en la que coincide con blancos y reaccionarios, sin ruborizarle esa coincidencia que de descubrirla en nosotros, nos la señalaría como un delito. Los votos policiales fueron todos para los colorados en esa elección, porque el Jefe Político, dueño de esos votos, era el general West, a quien el doctor Frugoni había atacado incansablemente mientras los amigos del Sr. Batlle callaban en la cámara ante sus arbitrariedades y atropellos, y a quien mal podía agradecerle el triunfo del candidato socialista, pues éste desalojaba, precisamente, a los allegados del jefe político y este no ignoraba que la presencia de aquel en el parlamento debía ocasionarle, como le ocasionó, serios disgustos.

Si el señor Batlle tuviera esa pleritud de espíritu de que pretendo hacer gala al proponernos discutir sin alusiones personales y "con guantes blancos", antes de hacerse eco de esa ridícula invención, hubiera preguntado al amigo Arena, uno de los factores oficialistas de aquella campaña electoral, si el Doctor Frugoni, que entonces era cronista de "El Día", le hizo alguna vez, no obstante su amistad y la frecuencia con que entonces se veían, la menor indicación sobre su candidatura, y si era posible que los elementos policiales fuesen a votar por nosotros. Repetimos que esos votos sólo sirvieron para los diputados oficialistas, inmensa mayoría en la asamblea de cuyo seno salió ungido presidente de la República el señor Batlle. De modo que los sufrágios de "aquellos mismos que habían abatido la huelga ferroviaria" (ahogada por un úkase del gobierno de Williman, delegado de Batlle) aprovecharon al "obrerista" de Piedras Blancas...

Mal hace el señor Batlle en mentar la soga en casa del ahorcado.

Pero si estuvo desgraciado en esa imprecendente mención, no mucho más feliz está en la parte que consagra a rebatir nuestros argumentos sobre la ventaja de que las proclamaciones partidarias se hagan por mayoría absoluta de votos, candidato a candidato, en vez de hacerles por listas y representación proporcional.

"Si todos los afiliados — dice — persiguen los mismos propósitos y tienen las mismas ideas, lo razonable sería que, debiéndose elegir varios candidatos, el partido se dividiera en otros tantos grupos, y cada grupo eligiera uno de estas condidatos". El señor Batlle prescinde

de que los programas — los cuales tienen para nosotros más importancia que los hombres — no son votados, ni pueden serlo, de acuerdo con el principio de la proporcionalidad. Y luego ¿no es acaso más democrático exigirle a un candidato para concederle el derecho de representar realmente al partido, la adhesión de la mayoría absoluta — personificación de la voluntad colectiva del mismo en todo aquello que decide de su orientación — que concedérselo cuando sólo lo proclama un número reducido de correligionarios? El mismo señor Batlle — ¡y esto sí que es curioso! — sostuvo en una de las últimas reuniones del Royal, fundando el proyecto de modificación reglamentaria mediante cuyo efecto retroactivo se anuló la elección de uno de los Tabarez, que la proporcionalidad permitía la proclamación de candidatos sostenidos por pequeños grupos. También es curioso no advierta la superioridad de elecciones directas — “Plebiscitarias” — como las que realizamos nosotros, sobre esas elecciones a dos grados efectuadas por el batllismo.

Finalmente, nadie ha sentido en nuestra agrupación la necesidad de un cambio de sistema electoral. No existen entre nosotros esas pujas febriles por los puestos ni se da el espectáculo de las contiendas encarnizadas entre los partidarios de distintas candidaturas, como sucede en la agrupación del Sr. Batlle. Todos estamos conformes con que resulten candidatos quienes merezcan y congreguen la confianza del mayor número posible de afiliados y sean, por tanto, quienes mayor porción de voluntades representen dentro del partido, como garantía de ser también quienes mejor encarnan la voluntad y el criterio de este. La cuestión, pues, que el señor Batlle, quiere plantearnos no nos interesa al menos por ahora, ni puede interesarle al electorado. Habría injusticia en nuestra reglamentación si algunos afiliados sintiesen lesionado su derecho a llevar tal o cual candidato con exclusión de tal o cual otro. Pero si eso no ocurre, como acabamos de explicarlo, ¿a qué título pretendería el señor Batlle censurarnos porque tomemos las precauciones necesarias para que los candidatos presentados por el partido socialista al electorado nacional no surjan del seno de una pequeña coalición de voluntades, sino del verdadero seno colectivo y lleven por consiguiente el sello inequívoco de la conciencia partidaria?

Pero ¡basta por hoy!

Nos falta espacio para contestar a todas las ocurrencias de nuestro

“distinguido” adversario. Ya ve, el señor Batlle que no tenemos inconveniente en llamarle “distinguido”... Ahora no podrá decir que lo tratamos con menos cortesía que a otros....

II

Continuando con el capítulo de la representación proporcional, plácenos recoger una frase del señor Batlle que constituye nuestra mejor defensa, la menos que dicho señor nos niegue el derecho de valerlos de sus mismas salvedades. “El señor Batlle y Ordóñez — dice — no es partidario a tontas y a locas de la proporcionalidad”. Pero pretende que nosotros lo seamos. No otra cosa significa enrostrarnos el no aplicarla en aquellos casos en que — por la pureza de los principios democráticos — puede ser sustituida con ventaja por otro sistema. En cuanto a él, bien sabíamos nosotros que no es partidario de la proporcionalidad a tontas y a locas. e. . . ¡Que ha de serlo! Ese sonado episodio de la triquiñuela para “expeler” a Tabarez lo demuestra sobradamente. Mientras creyó no produciría efectos demasiados reñidos con sus previsiones y deseos, admitió, en silencio — eso sí — la proporcionalidad absoluta, con el cociente mínimo y el cómputo del más alto residuo, contra la opinión de una gran parte de los delegados departamentales, cuyos votos, en la asamblea donde se decidió el punto, fueron para una moción del doctor Bellini proponiendo un procedimiento electoral semejante al nuestro. Pero en cuanto vió que se colaban en las listas ciudadanos a quienes no consideraba candidatos “deseables”, fraguó el famoso proyecto de modificación a la carta orgánica, según el cual, para ser proclamado no bastaba ya el mayor residuo, sino que se requiriese alcanzase éste a los dos tercios del cociente normal. Ya se había efectuado la elección de acuerdo con el viejo sistema, cuando — al día siguiente — se discurrió y aprobó el nuevo proyecto.

Lo lógico y decente hubiera sido que comenzase a regir para las elecciones futuras, y no para las ya realizadas. Sin embargo se le dió efecto retroactivo, con el fin único de eliminar al candidato “indeseable”....

No inventamos nada. Las cosas pasaron exactamente como acabamos de relatarlas; y basta relatarlas para que su comentario quede hecho. No obstante, el señor Batlle y Ordóñez, acusa de carentes de fundamento nuestras censuras al proceder de la comisión departamental

batllista en ese turbio caso de escamoteo de la legalidad bajo el cubilete muy deteriorado esta vez, de las formas reglamentarias... Si los reglamentos han re-modificarse, con efecto retroactivo, para revocar lo que se ha realizado de acuerdo con sus disposiciones, vale más no dictarlos. Se pierde así menos tiempo y se tiene siquiera el valor de no ocultar las deformaciones íntimas con hojas de parra destinadas a sugerir un falso concepto sobre lo que se disimula, sin perjuicio de dejar libradas esas hojas falaces al primer soplo autoritario de una voluntad colocada, como la de dios, por encima de todos los convencionalismos...

El señor Batlle, tan dado a comprometer la palabra de honor de los demás, no podría comprometer la suya en una negación de nuestro relato. Y esto es lo que interesa. Solo su habilidad para escabullirse de las apreturas, malgrado la pesadez un tanto paquidérmica de sus movimientos ha podido llevarlo a intentar un desvío de la cuestión hacia el problema de los móviles ocultos de esa maniobra fatal para la candidatura Tabarez. "Ninguna razón personal — dice — pudo inducirlo a excluir al candidato perjudicado, a quien podía mirar como muy amigo"... El señor Oscar Tabarez estará sin duda a estas horas, repitiendo el viejo refrán: "De los amigos me guarde Dios"... Pero no importa lo que el señor Tabarez esté pensando en estos momentos, ni queremos averiguar si se prolonga hasta los hijos aquella amistad por cuya virtud el padre del señor Tabarez "prestaba al señor Batlle valioso concurso en todos los actos populares". (No lo hemos olvidado, por cierto. Ese concurso era el de las peonadas a caballo, con grandes golillas rojas, que ponían en los mitines callejeros prargatizados en honor de Batlle, una nota, al mismo tiempo lamentable y atemoradora, de atraso, de barbarie de inconsciencia servil...) En cambio ¿cuántos valiosos servicios recibiera el señor Tabarez de su buen amigo, el presidente de la república! Desde la canalización de arroyos para facilitar las operaciones del saladero, hasta la autorización tácita para celebrar corridas de toros en el establecimiento, a pesar de las prohibiciones de la ley!... No nos cuesta trabajo creer que el señor Batlle tenga sus simpatías personales por el joven Tabarez — cuyos servicios políticos tan útiles le han sido hasta ahora; pero ¿esto destruye la afirmación de que el procedimiento adoptado por la comisión batllista respecto de su candidatura, ha sido de lo más antidemocrático y arbitrario? Sean cuales fuesen los móviles de esa resolución, verdadera

trapisonda, ella ha sido de naturaleza tal, que inhabilita a sus autores para buscar pelillos en actos eleccionarios de las otras agrupaciones.

No podía faltar en la extensa "expresión de agravios" del señor Batlle la referencia efectista a la obra de su partido. Reedicta una vez más aquello de la eliminación de la razón de ser del socialismo entre nosotros por el obrerismo colorado, reproduciendo una frase que está en boca de todos los politiqueros del coloradismo, sin distinción de grupos en esta hora de infinitas ramificaciones coloradas inclusive los conservadores rivieristas, los jefaturales brumistas y los indefinibles vieristas... De oírlos a ellos, hace ya muchos años que los socialistas debíamos haber arriado bandera y habernos plegado a la política que ellos hacen y encarnan!

Nos lo oímos decir de labios del doctor Viera, cuando subió a la presidencia de la república en su calidad de batllista perfecto; nos lo repitió Sampognaro, que como batllista se instaló en la Jefatura de Policía para permanecer allí una larga temporada; nos lo dijeron, cada uno a su vez, casi todos los que — rodeando hoy a Viera o a Bruni o a Batlle, como antes rodeaban en los felices tiempos de la armonía, familiar y de la convivencia idílica, a la trinidad completa de la cual Batlle fuera el Espíritu Santo — han colaborado en las realizaciones de ese obrerismo en cuyo mérito el partido socialista debería desaparecer... Y hoy, resultan con tanto derecho a invocarlo, los vieristas que votaron o proyectaron las leyes obreras y avanzadas de que se hace caudal para negarnos la razón de existir, como los batllistas que consintieron con ellos en las palizas a los trabajadores, en el empleo del ejército como rompe-huelgas, en las persecuciones a la organización gremial, y aprobaron con ellos las medidas atentatorias de nuestra "semana roja", con su infame "caza al ruso" y sus prisiones injustas de propagandistas obreros.

He ahí, precisamente, lo que nos hace mirar al batllismo bajo el mismo lente con que miramos a las otras facciones de la política criolla, si bien reconociéndole — seámos justos ¡qué diablos! — habilidad mayor, y sin duda también "capacidad" mayor, para coquetear con la clase trabajadora. Esa "capacidad" mayor no proviene de una preparación política, social y económica que supere a la de los otros grupos congéneres, aunque por ahora rivales, sino de una agilidad más pronunciada para comprometerse aparentemente en el sentido de las aspiraciones obreras. Esta agilidad obedece a la distribución de posesiones en

el campo de la lucha y al reparto de los papeles en el escenario de la política colorada. Mientras el riverismo ha tendido a atraerse los elementos conservadores y el riverismo a la burocracia, el batllismo ha debido dedicarse a conquistar las simpatías proletarias, con más facilidad de propaganda y de acción que los obreristas del nacionalismo, a quienes entorpece en sus movimientos la necesidad de mantener el contacto, dentro de la organización partidaria, con los conservadores, los grandes capitalistas y terratenientes cuyos intereses tanto pesan en la orientación del partido. Y bien: lo que nos disgusta no es, como el señor Batlle pretende, la acción realmente obrerista que el batllismo haya llevado a cabo o pueda llevar a cabo en el futuro, como no nos ha disgustado ver a los riveristas votando las ocho horas, ni a los riveristas la ley del divorcio; lo que nos disgusta es esa política de entretenimiento de las masas populares en los cuadros de las agrupaciones históricas; esa táctica de las promesas que sólo se cumplen — cuando se cumplen — después de haberlas hecho servir interminablemente a los fines del proselitismo; ese criterio corruptor y humillante que quisiera transformar las reformas sociales en patentes de corso para ciertas camarillas políticas en las aguas de la administración pública, como si el hacer algo bien, autorizase a los hombres y a los partidos a hacer muchas cosas mal.

“Un verdadero socialista — dice el señor Batlle — nos miraría con simpatía”. Un verdadero amigo de los obreros — decimos nosotros — no se esforzaría en alejarlos de las filas de un partido propio, con programa definido, con propósitos inspirados en los intereses de clase del proletariado y en las más altas aspiraciones humanas, para llevarlos a servir los intereses de una agrupación sin programa, como es el batllismo, y dentro de la cual se confunden hombres de opuestas tendencias e ideas, desde el conservador Rafael Tabarez al casi anarquista Varela Andrade; desde el católico diputado Aldaya al anticlerical Laren... “Con quienes podría contar el Sr. Frugoni en la Cámara para la sanción de sus proyectos — añade — si no con nosotros”. El doctor Frugoni cuando fué a la Cámara libró muchas batallas. ¿Contra quienes? Eran batllistas sus contendores. Contra el propio Batlle tuvo que batirse, al defender el derecho de huelga de los trabajadores del estado, y al abogar por la reforma tributaria, con la rebaja o supresión de impuestos a los consumos, y al oponerse a los sueldos fastuosos y a las oficinas inútiles, y al rechazar el voto de los guardais civiles, y al impugnar la creación de nuevas unidades militares, y al proponer la reducción del

presupuesto de guerra, y al denunciar graves irregularidades en algunas reparticiones públicas. En la Constituyente los delegados socialistas hallaron a blancos y batllistas coaligados para regalarles los bienes nacionales a la iglesia, y con batllistas chocaron al sostener la incorporación del voto secreto y la representación proporcional — que hoy obtienen del señor Batlle tan efusivas devociones... verbales, — al texto de la nueva Constitución. Mañana, los diputados socialistas reñirán nuevas batallas contra la coalición de todas las fuerzas coloradas hoy distribuidas — porque así conviene a los efectos electorales — en diversos sectores del “frente único”; y no han de contar, por cierto, para la aprobación de muchas de sus proposiciones con el apoyo de diputados como el señor Santana, de Colonia, proclamado por el batllismo candidato a primer titular en ese departamento, no obstante ser un ferviente católico...

Poreso enseñamos a los obreros que no confíen la defensa de sus intereses de clase a ninguno de esos partidos que los llevan a votar por reaccionarios auténticos y por avanzados de ocasión, sino que se defiendan ellos mismos, organizándose políticamente en el partido socialista, cuyos principios e ideas traducen y refuerzan la aspiración específica del proletariado consciente a la implantación de la justicia social y a su propia emancipación completa, como luminoso coronamiento de las conquistas parciales alcanzados en una lucha tenaz e incesante contra la explotación, la iniquidad, el privilegio y la rutina.

(“Justicia” - Año 1919.)

LO QUE DIJE

Artículo publicado a raíz de unos sueltos de "El Día" en que se hacía crónica del mitin socialista del 1.º de Mayo de 1925.

Debo ante todo manifestar que estoy asombrado de la forma en que los diarios del señor Batlle engañan a sus lectores. En el par de sueltos a que me refiero se afirma que los concurrentes a nuestro mitin no pasaron de cien. Podemos en cambio asegurar que su número no bajaba de mil.

Luego se me atribuye la declaración de que el Partido Socialista estaba muerto y bien muerto, sin la más mínima esperanza de resurrección. Esto es tan falso como lo otro. Y también se afirma que yo traté de explicar la escasez de público sin dar, a juicio de "El Día", con la explicación verdadera. Yo dije que al Concejal bonaerense Roberto Giusti, representante en ese acto del Partido Socialista de la Argentina, le había tocado hablar ante un grupo de oyentes, cuyo número aunque no pequeño (repito que no bajaba de mil) no era mayor que el que suelen congregarse los propagandistas del Socialismo de la vecina capital en los actos de cualquier agitación callejera. Eso lo dije después de recordar que algunos años antes nuestras asambleas del 1.º de Mayo eran mucho más grandes, porque eran esos los días en que el Socialismo entre nosotros también y especialmente en la capital, constituía una fuerza en la plena pujanza de su desarrollo colocada en un camino auspicioso de crecientes e inmediatas posibilidades. Y lo dije para referirme a la traición camaleónica, que asestó un rudo golpe al movimiento socialista en el preciso instante en que tomaba impulso y se consolidaba con la conquista de posiciones políticas relativamente importantes: dos diputados nacionales, un concejal y diez diputados departamentales en toda la República. Tuviémos — añadía — los socialistas de aquí, el dolor de ver destruido casi, en un instante, el edificio que tantos penosos esfuerzos nos había costado alzar pero agregué que poco a poco íbamos recuperando el terreno perdido a causa de la torpe y suicida traición. Hablé de las dificultades enormes que nos salen al paso y me referí al estado general de la mentalidad de la masa obrera, dominada en gran parte, sobre todo en campaña, por el partidatismo

tradicional, que aquí en la metrópoli se disfrazaba o decoraba de postulados modernos para atraer y embaucar a las muchedumbres populares urbanas cuyo instinto cívico les hace reclamar de la política algo más y mejor que las viejas rencillas de cintillo o las groseras disputas por el sensualismo del poder. Otra parte, bajo la influencia de las prédicas y tendencias anárquicas que predominan todavía en nuestras agrupaciones sindicales, se siente inclinada o arrastrada al escepticismo político. Nosotros tenemos que arrancar al pueblo productor de esas dos poderosas sugerencias. Esa no puede ser la obra de un día; por fuerza ha de ser lento y penoso nuestro avance en las circunstancias actuales, cuando carecemos de tantas cosas necesarias para la propaganda. El señor Batlle pretende que si no prosperamos más es porque el batllismo nos hace inútiles. Según él, hasta es más avanzado, más socialista que nosotros...

UN DETALLE DEVELADOR

No quiero seguir adelante sin llamar la atención de mis lectores sobre una particularidad muy significativa. El señor Batlle no tiene reparo en denominar a su partido "el batllismo". Es frecuente que los adversarios de una agrupación política le pongan por mote un "ismo" personalista. En los países políticamente adelantados ningún partido quiere pasar por hechura ni propiedad de un hombre. La época de los partidos personalistas es un estadio primitivo en la historia y evolución de las luchas cívicas. Pero he aquí que el señor Batlle — gran demócrata, hombre político a la moderna, avanzado como el que más en el mundo, según sus fanáticos — se complace en tomar él la iniciativa de ponerle a su fracción la denominación de batllista. Y yo sostengo que eso acusa carencia de verdadero sentido democrático; exceso de preocupación personalista; propósito un tanto megalómano de exaltación de la personalidad; imposición egolátra del propio nombre y hasta poco pudor político por parte de quien ofrece así su nombre y su figura al culto de las muchedumbres en el seno de una democracia, como los reyes en el esplendor del absolutismo monárquico daban su diestra a besar a los cortesanos en las ceremonias palaciegas.

BATLLISMO Y SOCIALISMO

¿Y qué es, en sustancia, "el batllismo"? Un ingerto de burocratismo sistemático que florece y da sus frutos con inquietante abundancia sobre un tronco formado por las más extraordinarias de las aleaciones: la del tradicio-

socialismo con un programa de ideas; contradictorio y caótico, pero programa al fin. Este programa que es en parte una copia del programa mínimo socialista, contiene muchas cosas que el socialismo repudia (así, por ejemplo el proteccionismo aduanero); y esa parte aprendida de nosotros y adoptada gracias a nuestra presencia — por el temor de que la masa trabajadora se precipite hacia nuestro campo — basta por sí sola para demostrar, contra lo que el señor Batlle sostiene, que de algo servimos y algo podemos en la vida política del país. Y el proceso de las “realizaciones obreristas” de que se envanece el batllismo ¿no prueba acaso que esta fracción de la política criolla, con ser tan poderosa, ha marchado a remolque de las iniciativas socialistas? Ahí tenemos la ley de 8 horas. El señor Batlle había presentado su primer proyecto de reglamentación del trabajo al final de su primera presidencia, cuando ya no había tiempo de estudiarlo ni discutirlo. Pasó toda la presidencia de Williman sin que se aprobase el proyecto, y llegamos así a la segunda presidencia de Batlle en cuya legislatura figuraba por primera vez, un representante socialista. Integrada por éste la Comisión de Trabajo de la Cámara, esta Comisión se dedicó de inmediato a estudiar el proyecto del señor Batlle; y como ese proyecto no comprendía a los empleados de comercio, y establecía dentro de los gremios contemplados, jornadas de más de ocho horas para algunos trabajos, el diputado socialista, de acuerdo con el programa de su partido, abogó porque la Comisión proyectase una fórmula más amplia y hasta anunció que presentaría un proyecto sustitutivo. El señor Batlle se enteró — porque hasta los diarios hablaron de ello — de lo manifestado por el representante socialista, y poco después, casi contemporáneamente con el proyecto sustitutivo de éste, aquél presentaba uno nuevo, que la Comisión de Trabajo, toda ella batllista a excepción del que esto escribe, resolvió, naturalmente, tomar como base para la confección del que patrocinaría ante la Cámara. Esto que aquí estampo, tuve ocasión de hacerlo público en la misma Cámara de Diputados, en una controversia con el señor Sosa, quien quería para el partido Colorado toda la gloria de la ley que acababa de votarse; y los miembros de la Comisión de Trabajo que me escuchaban, asintieron a mis afirmaciones. El mismo señor Batlle, en un suelto de su diario, decía al día siguiente dirimiendo la cuestión: la iniciativa es socialista, pero la realización es batllista.

MAS EJEMPLOS

En el primitivo proyecto de Batlle había una parte relativa al trabajo de mujeres y niños. La Comisión de Trabajo, a proposición del diputado so-

cialista, dispuso desglosarla de la ley de ocho horas, cuando se vió que aquella hacía peligrar a ésta, sobre todo en el Senado. La limitación general de la jornada beneficiaba en definitiva, a todos, las mujeres y niños también; y era más fácil hacerla pasar sola que acompañada con la impedimenta de los artículos referentes a la reglamentación del trabajo de aquellos, algunos de los cuales planteaban cuestiones sobre cuya solución cabían múltiples discrepancias. Los artículos del señor Batlle eran pocos y deficientes. El diputado socialista hizo un proyecto más eficaz y aún le añadió al tratarse en la Comisión la cláusula de las salas cunas. Este proyecto fué el que sirvió de base para la discusión en la Cámara. Esta lo aprobó. Eso era en 1912. Pasó al Senado, donde el batllismo tuvo varias veces mayoría desde entonces; y aún no ha salido! La ley de ocho horas estuvo estancada seis años en el Senado batllista; la del trabajo de las mujeres y niños, lleva ya trece de estancamiento. El salario mínimo también fué proyectado por el diputado socialista sobre la base de las comisiones de salario y en forma tal que llevaba implícita la mejor legislación sobre el trabajo a domicilio. ¿Que hizo el batllismo con esta reforma? Dejarla dormir diez años en las carpetas parlamentarias, y cuando al azar de conveniencias electorales tuvo que abocarse el problema, lo hizo poniéndose de acuerdo con el oribista Carnelli para echar a pender la iniciativa socialista que éste plagió y y estropeó en un mal proyecto al que los batllista de la Comisión de Trabajo y de la Cámara dieron, naturalmente, la preferencia. Y ni siquiera el mal proyecto salió a flote. Ahí está embarrancado en la restinga seca de la Cámara alta. ¿El alcoholismo? Mucho antes de que al tintamareco Narancio se le ocurriese hacer la comedia de su “apostolado” antialcoholista, el que escribe depositó en la Cámara de que formaba parte un proyecto de represión del alcoholismo que entre otras medidas proponía la de expropiar las tabernas mediante un fondo constituido por una patente progresiva a las tabernas que iban quedando. A estas horas habrían sido expropiados todos los despachos de bebidas. Pero el batllismo — ¡tan antialcoholista! — nada hizo por ese proyecto, y todo se redujo en su acción “naranciana” a una ley de prohibición de expendio de bebidas alcohólicas en días feriados, de la que nadie se acuerda. Casi no hay en la acción y en la propaganda batllista un paso en el sentido de la justicia social, del mejoramiento obrero, de la salud pública, que no vaya tras la huella de una iniciativa del P. Socialista. Hasta el mismo colegiado, que parece definir toda la filosofía política del batllismo — si es posible asignarle a éste una filosofía. — ¿no estaba ya anunciado, y en su más perfecta forma, en aquella cláusula de nuestro programa mínimo, muy anterior al colegialismo de Batlle, que pide la supresión de la

presidencia de la República? Y la supresión del Senado que los batllistas empiezan a proponer ahora porque ya no tienen mayoría en él, ¿no fué siempre cláusula de nuestro programa y no fué acaso propuesta en la Constituyente por mí, contra la oposición de los batllistas?

MIRANDO A LA DISTANCIA

¶ Pero ¿a qué seguir? Sería cosa de nunca acabar hacer el recuento de todo lo que en su obra o en su declamatorio el batllismo ha pedido prestado a nuestro programa mínimo; y más largo sería aún de contar todo lo que no está ni en su declamatorio siquiera. Lo indudable es que si el señor Batlle quisiera sinceramente ver el triunfo y la consolidación de una política avanzada en la república, no debería mirar con malos ojos la formación y crecimiento de un partido como el nuestro que es la única garantía segura de una orientación de la conciencia popular hacia el perfeccionamiento de las buenas realizaciones batllistas — reconozco que las hay — y el afianzamiento de una política de reparación y de avance civil. ¿Que para eso basta y sobra con el batllismo? Pero el batllismo es una cosa transitoria de duración limitada por la vida de un hombre. Cuando este hombre desaparezca, el batllismo se fraccionará, se disgregará, cambiará de fisonomía en varios trozos rivales que solo han de parecerse al núcleo originario en sus culpas, vicios y defectos, que son muchos y de grueso calibre. La vinculación al tradicionalismo, por un lado y el carácter personalista, por otro, quitan al batllismo toda posibilidad de perduración en un largo trayecto del futuro. Si el señor Batlle ha soñado con dejar detras de sí una organización que le sobreviva a través de luengas etapas de la vida nacional no debió ni amarrarse al mástil del tradicionalismo ni darle a su partido, con la imposición personalista, un sentido de tránsito y fugacidad dentro de las ilimitadas perspectivas de la historia de un pueblo. Los partidos que en todas partes se constituyen en sostenes permanentes de la evolución democrática son los partidos socialista (en Francia haciendo posible el gobierno radical socialista; en Inglaterra contrarrestando el reaccionarismo de los conservadores; en Alemania salvando a la república y aliándose hasta con los católicos para impedir el asalto de los monárquicos y nacionalistas al poder; en Bélgica, batiendo al catolicismo hasta ayer preponderante; en Suecia y en Dinamarca tomando las riendas del gobierno para marchar hacia el desarme) que están unidos por un vínculo antenacionalista y combinan sus esfuerzos, en lo posible, através de la distancia y de las fronteras. Pero el batllismo — dirá el señor Batlle — no puede formar parte de la Internacional porque no

es internacionalista ni quiere abolir la propiedad privada de los medios de producción y de cambio. Es verdad. Pero entonces ¿por qué dice que el batllismo es "más avanzado" que el Partido Socialista, y lo suple con ventaja en nuestro país, pues hace todo lo que el socialismo proclama?

El batllismo nos combate con un sordo rencor mortal porque, entre otros motivos, ve o presiente que seremos sus enterradores. ¿Como si el enterrador tuviese la culpa de que el tiempo realice su obra y la muerte arroje a los pies del sepulturero su cosecha macabra!

MI RENUNCIA Y YO

El doctor Legnani me ha hecho el honor de tomarme como tema de uno de sus interesantes artículos de exégesis política.

Médico al fin, me exhibe en esa su clínica un tanto dulcamaresca de las columnas de "El Día" a título de sujeto cuya enfermedad descubre y describe con gran lujo de suspicacia y de imaginación. Ve en mi renuncia del cargo de vocal del Consejo de Patronato de Delincentes y Menores, una manifestación patológica de fobia antibatllista y la juzga un episodio más de la lucha del socialismo contra el batllismo.

Yo, desde cierto punto de vista, podría sentirme encantado de las derivaciones que el doctor Legnani ha querido dar a los fundamentos de mi renuncia, y hasta podría decirme como aquel enfermo de hospital al oír los términos ditiámbicos con que un ilustre profesor se expresaba ante el corro atento de sus discípulos enseñándoles la magnífica rareza de un tumor precioso para el estudio y la investigación científica:

— ¡Caramba! Nunca han hablado tan bien de mí...

Pero no es ese, precisamente, mi estado de ánimo, sino más bien el de aquel otro enfermo que cuando un profesor de nuestra Facultad, equivocando el diagnóstico, hablaba ante los alumnos de los fuertes vómitos que habían sobrevenido al paciente, le interrumpió para advertirle que no tuvo tales vómitos...

— ¡Cállese usted la boca y no me contradiga, so ignorante!

Yo he de decirle a mi vez que no hay en mi renuncia tales "vómitos" contra el batllismo, sino ataques a malas prácticas de gobierno y referencias a dos malas designaciones, de una de las cuales es culpable el batllismo, siendo culpable de la otra el nacionalismo.

Pero el doctor Legnani no quiere ver en mis censuras más que el garrotazo al batllismo, y esto le basta para sustentar su tesis de que yo sólo reflejo en mi conducta el despecho del socialismo contra el partido del señor Batlle. Y así como el enfermo de mi cuento servía al profesor de nuestra Facultad, de pretexto para disertar extensamente sobre una enfermedad que aquél no padecía, yo y mi renuncia servimos al doctor Legnani de pretexto para disertar sobre virtudes que el batllismo no tiene y hablar de desahogos que yo no he tenido, al menos esta vez...

Veneno de despecho socialista ante el fracaso de nuestro partido a

quien el batllismo impide crecer, eso encuentra en ese análisis químico de mi renuncia el médico que me somete a examen en su clase de sociología al menudeo. Falta de serenidad y apresuramiento nervioso, carencia de observación y de raciocinio, exceso de imaginación e ilusa esperanza de reeditar el mito de Orfeo, aquel que domesticaba las fieras con el son de su lira, (Indudablemente el señor Batlle es mucho más Orfeo que yo, a juzgar, sobre todo, por sus éxitos de director de escena y de orquesta en las remisiones del Royal). Esas son las enfermedades que en mi describe su avezado ojo clínico.

Todo eso lo deduce de la apreciación de un sencillo documento administrativo en que me limité a decir que le reprochaba al Consejo Nacional el criterio con que encara problemas como el de la integración de un Consejo de Patronato aplicando la regla particionista de acomodo presupuestívoro que constituye por sí sola — reproduciré las palabras — "una pintoresca delación de la índole mercantil de la política criolla"; y que renunciaba el cargo de vocal por no acatar la burda maniobra en cuya virtud se quería "redondear la barata reputación de filántropo" del doctor Cima, dándole la presidencia, así como por no estar tampoco de acuerdo con el nombramiento del doctor Borro — ex-director de la Colonia Educacional de Suárez — para la vicepresidencia.

Si de ello resultan acusaciones, y no insignificantes, contra el batllismo, no se culpe a un envenenado despecho socialista, ajeno siempre a la determinación de mis actos, sino a mi indeclinable amor por la verdad y a mi innegable derecho de pretender que no se pospongan altos y hasta sagrados intereses morales a mezquinos cálculos politiqueriles.

Pero no he de sostener en serio — claro está — que el doctor Legnani para formular su diagnóstico se concrete a esa nota-renuncia. Tiene sin duda, en cuenta, actos anteriores de mi modesta vida pública y de mi partido; y de aquello y esto arranca para atribuirnos una especie de ofuscación colérica engendrada por el fastidio que nos causaría nuestra impotencia para crecer políticamente ante la obra del batllismo, el cual "alcanza idénticas metas que las que se propone y no alcanza el estrepitoso socialismo".

Según el doctor Legnani, los Leandros de nuestros ideales quedaron huérfanos de Crispines porque todos se volcaron hacia el lado de los Leandros batllistas. En su caprichosa alegoría los Crispines son los sufragios... Y eso sería lo que nos enalabrina.

Sin embargo, no parece estar muy convencido de la certeza científica de su explicación psicológica, porque a poco andar reconoce que menos hábiles que el oribismo — así lo dice él — nos restamos votos dándonos un

programa. Y he ahí como se va acenando, sin quererlo, a la explicación verdadera de nuestra lucha contra el batllismo y demás partidos burgueses. ¡Tenemos un programa! Un programa que obliga y que responde a ideas concretas e ideales definidos.

El doctor Legnani cree, por lo visto, que podríamos no tenerlo o cambiarlo... Pero entonces no seríamos lo que somos, aunque tuviésemos más votos, como los tienen hoy hasta los católicos de la Unión Cívica. Nuestros Leandros son así. Prefieren quedarse sin Crispines antes que disponer de muchos Crispines a condición de no seguir siendo Leandros...

El batllismo — nos dirá — posee también un programa. ¡Ah, sí! Pero no lo cumple, o lo cumple en parte, dando a menudo la preferencia a la parte mala (p. ej. el proteccionismo aduanero) y a veces a la parte implícita, no confesada por inconfesable (p. ej. burocratismo aplastador, acomodo de los amigos, hinchazón del presupuesto en función de proselitismo o en tren de saqueo a las fuerzas vivas del país para beneficiar a muchos zánganos de la colmena).

“A Batlle no le importa perder votos a causa de iniciativas benéficas” — nos dice. Fácil sería probar que al batllismo nada le ha preocupado nunca tanto como la conquista del voto. Las tendencias avanzadas de que se jacta y las reformas que ha implantado o promete, son colocaciones a alto interés electoral del viejo capital político del partido colorado, que los desastrosos y tropelías de los gobiernos estaban mermando sensiblemente. Y conste que yo no encuentro mal que un partido trate de conquistar prestigio y sufragios orientando su acción en sentido favorable a los intereses del pueblo. Nada es más legítimo que ese modo de reclutar votos. Lo que señalo como reprochable y funesta es la preocupación electorera que decide de la orientación y conducta de un partido, pasando por encima de toda convicción honrada y prescindiendo de todo real interés por el bienestar del pueblo o el progreso de la nación. Esa preocupación, ese afán absorbente por aumentar o no perder la capacidad electoral, produce, aparte de la constante postura demagógica, dos consecuencias inmediatas de todo punto lamentables. Una es la explotación comercial de las iniciativas propias en forma de interminable batida de parche y de calculada exageración de sus virtudes, con lo que, por una parte, se retarda la aplicación de las mismas hasta que se les ha extraído todo el jugo posible como elementos de reclame y por otra parte, se mistifica al pueblo haciéndole esperar de ellas más de lo que lógicamente pueden dar de sí. La otra consecuencia, es el desdén sistemático de que se hace víctima toda iniciativa ajena; el empeño en relegarla al olvido — por buena que sea — o en escamotearla bajo otro pro-

yecto posterior, aunque para ello deba aplazarse su aplicación indefinidamente.

Esto, y no otra cosa, es lo que ha ocurrido con la reglamentación del trabajo de las mujeres y niños a que hice especial referencia en mi renuncia del otro día.

Cuando no existe el pequeño espíritu electorero, sino la sana intención de alcanzar esas metas que según el doctor Legnani el socialismo persigue vanamente, se acogen con entusiasmo todas las iniciativas útiles sin preguntarse su procedencia ni leer el nombre que las signa. Nosotros no negamos nuestro concurso decidido a la implantación de ciertas reformas proyectadas por el batllismo y hasta cuando éste recogía ideas lanzadas por nosotros para empequeñecerlas en proyectos tímidos o deficientes, sumábamos nuestro esfuerzo favorable para no perderlo todo. Fuimos quienes más bregamos por el proyecto de las 8 horas, sin que jamás enfriase nuestro ardor combativo el pensamiento de que esa iniciativa socialista viniese formulada en un proyecto que era obra del señor Batlle. Defendimos el monopolio de los seguros y el divorcio y la investigación de la paternidad y el derecho de los hijos naturales y otras reformas que legisladores batllistas planteaban coincidiendo con las tendencias de nuestro espíritu moderno, el carácter íntimo de nuestra ideología o los puntos concretos de nuestro programa mínimo.

Pero consecuentes con el criterio que nos llevaba a estar junto al batllismo en esas campañas, estábamos y estamos frente a él cuando combatimos a las fuerzas regresivas del tradicionalismo político, el atavismo de la divisa a que se mantiene aferrado precisamente, por cálculo electoral; cuando atacamos la plaga del burocratismo que él fomenta; cuando denunciábamos la política fiscal de encarecimiento y despojo que él alienta o desarrolla; cuando abominamos de la corrupción de los caracteres por medio de la prebenda oficial o del juego oficializado, dos virus terribles que él cultivaba amorosamente...

He ahí explicada, por si realmente hacía falta, nuestra conducta de ayer y de hoy con respecto al batllismo. Compárese esa conducta con la que, según propia confesión del doctor Legnani, adopta el batllismo respecto de nosotros. Oigámosle:

“¿Qué los proyectos de Frugoni son más completos y bonitos? ¿Qué fueron presentados antes y no fueron apoyados? Y bien! tenga paciencia! No convenía prestigiar a Frugoni. A favor del prestigio se pretende luego cosas que no cuadran. Convenía en vez prestigiar al batllismo. La política es así. No se enoje. O enójese, pero será enojo inútil”.

Ya lo ven ustedes: la política del batllismo es así. El doctor Cima, y sus cómplices en el Senado, retardando catorce años la reglamentación del trabajo de mujeres y niños para no transformar en ley un proyecto mío, ponen en práctica esa política. Yo lo había dicho — y ahora el doctor Legnani confirma mi aserto. Y no deja de ser gracioso que habiéndose propuesto este distinguido hombre público desentrañar la psicología de mis actitudes políticas, haya concluido por revelarnos el secreto — secreto a voces — de ciertas maniobras del batllismo. Y no menos gracioso es que después de haberme enseñado que no debo esperar el concurso de los batllistas para mis iniciativas o proposiciones, me induzca a prestarme a colaborar cada vez que a ello se me invite. Si los que se dicen avanzados manifiestan no estar dispuestos a acompañarme, en ningún momento, ¿de quienes debo esperar el necesario concurso? ¿De los reaccionarios?... Mi renuncia, como se ve, acaba de recibir el refuerzo de una justificación inesperada.

(“El Imparcial” — 1927)

CARTA ABIERTA

MISION DEL POETA EN LA VIDA DE LOS PUEBLOS — LAS IDEALIDADES BATLLISTAS: PROTECCIONISMO, BUROCRATISMO Y JUERGO OFICIALIZADO — LOS PROBLEMAS NACIONALES

Señor Dr. Mateo Legnani:

No sería sincero si por puro alarde de intrepidez epistolar, le dijese que estaba impaciente por contestarle.

Usted me solicitó amablemente que no me pronunciase sino al final de la última de sus cartas. Yo quedé aguardando ese final y lamento haya llegado tan pronto, — si es que naturalmente ha llegado. — porque mucho me agradaba sumergirme cada dos o tres días en el mar arrullador de su prosa o hacer plácidamente la planchilla sobre “la espumosa espalda de las olas”, como diría Homero, balanceándome en un delicioso olvido de mí mismo, y de mis acreedores..’ Sobre todo de estos últimos.

Un político francés de los que descendían con frecuencia al llamado “terreno del honor”, tuvo que batirse cierta vez al aire libre con otro político famoso por la desmedida prolongación de sus piernas, y luego decía a los periodistas que lo rodearon al finalizar el encuentro, que era cosa bastante entretenida batirse con tal adversario. Porque mientras se cruzaban los sables y el duelo se desarrollaba con sus incidencias más o menos peligrosas, él había podido contemplar por entre las piernas de su contendor, el cuadro virgiliano del paisaje circundante.

Algo parecido podría yo decir de mi encuentro con usted. Sus cartas ponían ante mis ojos un panorama mental sumamente pintoresco, con la ventaja de que en vez de ser, como en el caso de aquellos duelistas, un paisaje único y fijo, el ofrecido a mi contemplación, era una rápida sucesión de cuadros animados, desfile algo cinematográfico de un sinnúmero de zonas ideales del conocimiento humano y de la humana sabiduría. Usted me ha hecho viajar mucho con sus epístolas. Más que simples cartas políticas o sociológicas me resultaron cartas geográficas. He pasado de la Grecia de Platón a la Italia del Renacimiento; de las ideas de Nietzsche a la vanidad de D’Anunzio; de la filosofía de Bergson a la

clínica dental de nuestro común amigo Coelho de Oliveira. Y todavía en cierto momento me dice usted: "No nos detengamos. Pasemos el Atlántico y el Pacífico... En Europa y en Asia..."

Yo he visto en el viaje maravilloso que usted me ha permitido hacer sin moverme, a pueblos antiguos y modernos; selvas ilustrativas; estancias de estancieros nacionalista con toros Durham; edificantes asambleas batllista, en que las paisanadas fanáticas gritan hoy "Viva Batlle" mañana "Viva Viera" y pasado mañana "Viva Sosa", obedientes a una guñada mágica de los caudillejos... Tengo bastante. El viaje ha terminado y yo, que admiro de veras su facundia y su agilidad para moverse de un extremo a otro del raciocinio, estoy ahora ante sus siete cartas, casi tan largas como las siete Partidas, pensando al igual que Fausto en parecida ocasión: "¿Por dónde comenzar?"...

Ah! Ya sé: aclaremos ante todo un punto que afecta a los datos más delicados de mi cédula de identidad civil. Estos asuntos de índole personal y de dilucidación intransferible son siempre los más apremiantes. Usted me transportó también a los días de mi primera juventud. Con memoria que le alabo y le envidio, pudo recordar una anécdota de la mesa de literatura en que yo, conjuntamente con Rodó y Vaz Ferreira, tuve la por mí olvidada honra de examinarle.

Permitame, doctor Legnani, que le haga viajar a mi vez y le endilgue otro cuentito al caso.

Un día, en mis andanzas de conferencista por la República, me tocó hacer una disertación ante los alumnos de un liceo departamental. Su director era un hombre bien entrado en años, pero de gallardo aspecto todavía y en condiciones de presumir aún de arrestos juveniles. Yo comencé diciendo que me causaba especialísima satisfacción hablar a alumnos y alumnas de esa casa, cuyo director había sido maestro mío de primeras letras. El ahudido que se hallaba a mi lado, me dio al oírme, un tironcito del saco, diciéndome en voz baja: "Sea prudente! Sea prudente!..." Tuve que añadir que en aquel tiempo yo era un niño recidito, mientras que mi maestro, dotado de una inteligencia muy precoz, era aún casi un adolescente. Yo no doy tanta importancia como el profesor de mi cuento a ese detallcito de los años; pero como quiera que tengo muchos más derechos que él a no pasar por anciano, séame concedido impedir que se me atribuya más edad que la verdadera. Pongámonos, pues, de acuerdo, doctor Legnani, al menos en un punto: en el de que usted, si bien no lucía aún esos abundantes y redondos bigotes, que lo caracterizan hoy como uno de los más conspicuos representantes de la varonil época del

Tegobi, ya había dejado de ser un angelito; y yo, si bien no andaba de pantalones cortos, era un examinador apenas entrado en la mayoría de edad.

Hecha esta aclaración que espero no le incomode ni la interprete como un fruto de pueril coquetería, sino como un acto precaucional de legítima defensa, quedo con el ánimo más tranquilo para entrar en materia.

Usted trajo a colación aquel recuerdo de nuestra juventud para llegar a la conclusión de que debí haberme concretado al cultivo de la poesía y no meterme nunca en política.

Usted es un gran psicólogo. Sabe bien que a un hombre que hace versos — sea de la calidad que fueren, — le halaga oírse llamar poeta. De mí he de decirle que pertenezco al número de aquellos que, cuando escriben versos, tienen siempre el temor de que sólo sean versos y no poesía, y además se reprochan con incurable amargura el haber escrito, — por incapacidad, por impaciencia, por ofuscación o traición del criterio estético, — muchos que no son sino versos... Por eso, cuando alguien que no es uno de esos ignorantes que confunden poesía con versos y poetas con versificadores, nos llaman poetas, sentimos algo así como si por nuestros oídos hubiera pasado, penetrando hasta nuestro corazón, el aura variable de las consagraciones futuras.

Si yo tuviese sensibilidad moral de literato (no hay nadie más imbecil que el literato), me sentiría desarmado ante su empeño en exaltar mis facultades poéticas, y a condición de que me siguiera considerando como poeta, estaría dispuesto a concederle que no debería meterme en política.

Pero yo me creo inmune del virus del profesionalismo literario que suele corromper las almas y corroer el espíritu de los hombres hasta reducirlo, como hacen con el corazón de la madera ciertos diminutos insectos, a un puñado de serrín de vanidad, de egocentrismo y de egoísmo. Son pocos los literatos que se sustraen a la acción de ese virus; y acaso sólo un remedio existe para salvarse de esa infección de la literatura; engrisar la personalidad y el espíritu por encima del ambiente y de la preocupación literarios; sacarlos a solearse y airearse al espacio libre de la vida ciudadana; militar en defensa de ideales activos, erigirse en factor de realidades históricas, ponerse a la obra de estudiar los problemas de interés público y contribuir a solucionarlos, adquirir puntos de vista sobre las cuestiones de orden general, solidarizarse con las vicisitudes de su pueblo y mezclarse a los afanes de la multitud frente a las difi-

cultades o solicitudes de la vida social, económica y política, que a nadie deben dejar indiferente, sobre todo en una democracia. ¿Por qué quiere usted condenarnos a los poetas a no bajar al palenque de la política? ¿Para que nos quedemos en "literatos"?

Sigue usted el ejemplo de Platón — a quien cita — y coronándonos de rosas nos arroja fuera de su República. No quiero acudir a páginas que usted conoce sin duda perfectamente y no le recordaré aquel alegato de Carducci que Unamuno comenta. Para qué, si de sus mismas filas, de las filas del batllismo, se han alzado voces rechazando su tesis y refutándola sin levante? Los otros días su correligionario Zavala Muniz, uno de nuestros jóvenes escritores de más valer, se declaraba en un reportaje, contrario decidido de su tesis, manifestándose "asombrado — reproduciré sus palabras textualmente — ante ese pensamiento tan fuera de la realidad política", de su país y de su partido, por cuanto "negar capacidad a los artistas para intervenir en la vida política de la nación es creer que en una democracia como la nuestra hace falta una capacidad distinta a la de la virtud, la inteligencia y la pasión honrada por la verdad".

Me bastaría, pues, dejarlo a usted entenderse con esos contradictores domésticos, a ver si tenía que escribirse usted otros tantos artículos como aquellos destinados a explicarles a los feministas el verdadero alcance de cierta imprudente apreciación suya sobre no recuerdo que supuestas relaciones psicológicas entre el feminismo y la vida airada. Pero sin perjuicio de que allá se las entienda usted con su correligionario, añadiré como remache que si la intervención de los artistas en la vida pública puede serles muy saludable, también a la vida pública tiene que resultarle muy conveniente — al revés de lo que usted opina — la participación de los poetas.

Desde que Aristóteles dijo que "el hombre es un animal político", quedó reconocido a los poetas el derecho de hacer política. A menos que se entienda que los poetas no son hombres... Si no han de serlo, mal podrán ser poetas.

Un concepto a mi modo de ver estrechamente "literario" quiere mantener al liróforo alejado de toda actividad despojada de carácter artístico. Hay quienes hablan del "poeta puro" como si éste fuese el que se encierra en su torre de marfil para entregarse tan sólo a la afiebrada cohabitación con las musas. Se confundió al poeta con su producción. En nuestros tiempos sólo pueden consagrarse en absoluto a los acordes de la lira los que disponen de rentas o los que consiguen vivir de la pro-

fesión poética. Estos son por fuerza, los menos "puros" de todos, por cuanto su exclusiva especialización literaria es obra de la necesidad y es condición de su saustento económico. Si su obra pertenece al género de la "poesía pura" no ha de ser entonces por el hecho de que ellos se sustraigan a toda preocupación política o civil, desde que no pueden sustraerse a la materialista preocupación pecuniaria. Los rentistas están en mejores condiciones para ser líricos "puros"; pero si al dedicarse exclusivamente al ejercicio de su arte, pueden afinar admirablemente su sensibilidad y perfeccionar sus medios de expresión — cuando tienen talento — muy excepcionalmente llegarán por ese sólo camino a ser poetas honrados y fuertes, penetrados de destino y de humanidad. Si llegan a serlo, será a pesar de su retraimiento de las inquietudes agrias y fecundas de la existencia colectiva. Ya no es posible creer que a los poetas se les debe enjaular en jaulas de oro para que canten bien. No son ruisenores que cantan mejor cuando se les ciega. Ni su voz para ser pura ha de equipararse a la de aquellos tenores castrados de la Capilla Sixtina. El canto de los poetas es distinto al de los ruisenores y al de los Farinelli. Podrá ser menos agradable, pero ha de ser más humano. El que no es hombre en su vida, no llegará a ser poeta en su obra.

Y en los tiempos actuales el que se aparta de las agitaciones públicas y rehuye las contiendas civiles, no vive completamente su existencia de hombre. No adquiere la plenitud de una personalidad prolífera. No llega a ser hombre completo. De ahí que tampoco pueda llegar a ser poeta completo.

En cuanto a la política, ésta sólo beneficios puede esperar de los artistas que van a ella no como "literatos" sino como artistas de verdad. El espíritu poético en cuanto significa, no la simple granulación retórica o la entonación lírica afectada, sino ansia de elevación salvadora, aleteo de aspiraciones generosas, profundidad de sentimiento humano, visión de amplias perspectivas, calor de humanidad en las manos a veces llagadas por el contacto ardiente de las estrellas, alta contemplación del panorama del mundo no puede ser nocivo — ¡que ha de serlo! — a la política de un país.

Pero la carencia de sentido práctico suele ser en los líricos una condición forzada a constituir un grave daño para la política, observará usted. Podría recordarme que Baudelaire comparó al poeta con el albatros, al cual la longitud de sus alas no le permite andar sino a tumbos grotescos, sobre la cubierta del buque...

"Souvent, pour s'amuser, les hommes d'quipage".

"Preignent des albatros, vastes oiseaux des mers".

...Pero ¿a quien hace daño esa torpeza del albatros? Sólo a él, que

se cae y lastima. A quienes lo miran les proporcionan una diversión... Si en vez de ser un albatros fuese un ave dotada de inteligencia y de buen sentido, sabría adaptarse a las exigencias del medio, y en vez de obstinarse en examinar con las alas plegadas que le arrastran a los lados del cuerpo, rompiéndose, las abriría de modo tal que no lo sostuviesen un poco en el aire mientras sus pies avanzan por la tierra. Los poetas en política han de ser así. Entonces podrán ir a donde quieran y marcar rumbos a quienes los sigan. A menudo ocurre que los poetas resuelven el problema dejándose cortar las alas. Entonces se transforman en mortales vulgares, o mejor en políticos de la política pequeña. — En su caso — claro está — la política nada gana con ellos, pero no pierde más que con tantos otros que andan en ella sin ser líricos, ni artistas ni literatos. Lo que hay — eso sí — es que entonces el poeta se empequeñece o se anula. De lo cual no tiene culpa la poesía, precisamente.

Y he aquí que la acción y la mentalidad del batllismo se resienten demasiado de la falta de un soplo de idealidad y por consiguiente de poesía, lo que es imperdonable, absolutamente imperdonable en un partido que se jacta de avanzado y hondamente reformador. No me salga con su argumento predilecto de que el oribismo es peor en este y otros sentidos, porque yo no le he defendido al oribismo, ni ganas tengo tampoco de que se me complique esta frondosa polémica con alguna tercería de ese pelaje. Dejemos, pues, al oribismo tranquilo, por ahora, y volvamos, como diría Rabelais, a nuestros carneros...

Eso explica que usted, puesto a oficiar de intérprete de la filosofía política del batllismo, me reproche — al pasar — “no haber cedido a las exigencias de los que constituyen hoy el comunismo”. Por lo visto, usted cree que sólo había de por medio una cuestión de sensibilidad de poeta subjetivo en su incapacidad para vibrar al unísono de mentalidades o sensibilidades diversas... Yo creo, en cambio, que en ese caso, plegarme a las exigencias de los que tuvieron mayoría contra los socialistas auténticos, hubiera sido algo distinto e inferior a un acto de cordura, de sensata flexibilidad y de buen sentido político; hubiera sido una indignidad, sencillamente. Pero, ¿es que para no caer en pecado de lirismo inhabil es indispensable traicionar las propias convicciones y ponerse de espaldas a la sinceridad? La política no debe ser eso. Si hubiese por fuerza de ser eso, no solamente yo debería retirarme de la política; también usted junto conmigo, si se precia de honrado.

El concepto pequeñamente prosaico que se tiene de la política en

nuestros partidos grandes conduce a ofuscaciones como esa que le señalo, porque a menudo sólo permite ver el aspecto electorero o de inmediata conveniencia de los problemas planteados. ¡El electoralismo, el reclutamiento del voto como simple instrumento de poderío político, no como signo de una conciencia ciudadana puesta al servicio de una buena causa! Ese es el afán predominante en las agrupaciones cívicas cuando carecen de idealidad y se adhieren a ese mezquino sentido práctico que usted confunde con el buen sentido imprescindible para que la obra de los partidos sea fecunda y útil al país.

Usted se planta ante el espectáculo de esas asambleas batllistas en que los camponeses gritan como posesos: “Viva Batlle”, sin saber quién es y sin saber a dónde los lleva, y tiene la ruda franqueza — que no le agradecerán sus correligionarios — de confesar que eso es muy feo y le horroriza. Pero no se va, y añade como justificación de su permanencia: “Ese es el barro. Con él hay que trabajar. Para transformarlo, precisamente”.

Mire, doctor Legnani: allí, el barro no son esos pobres paisanos ignorantes, borrachos de fanatismo tradicionalista y de idolatrías personales. El barro son esos caudillejos que “hacen la guiñada”, porque ellos son los que se afanan en mantener sucia de tradicionalismo y de partidarismo anacrónico la mente de las multitudes ingenuas.

Lo que quiere decir que cuando usted cree trabajar junto a esos caudillejos, para transformar el barro espiritual de esas muchedumbres, en realidad trabaja para perpetuar en ellas el atavismo embrutecedor. El batllismo aprovecha de esos fanatismos y los explota, ¿cómo ha de ser, entonces, un factor de su desaparición, un remedio para esa enfermedad? Créame, doctor Legnani; si cuando usted sale de esas asambleas se ve las manos sucias de barro, no se haga la ilusión de que es la arcilla esencial en que usted ha querido modelar una estatua, transformando el espíritu de las multitudes desde una tribuna del tradicionalismo político. Es tan sólo el efecto de haber estrechado las manos cómplices de los caudillejos y directores de esas masas que lo horrorizan...

I I

Prueban asimismo lamentable cortedad de vuelo ideológico y falta de ese impulso de idealidad que levanta el criterio y permite abarcar en toda su amplitud los problemas de la vida contemporánea, los puntos del programa práctico del batllismo que con esa preocupación del electora-

lismo rabioso y ese cultivo sistemático de las idolatrías personalistas, caracterizan su acción; y de los que usted ha hecho una sorprendente apología: el proteccionismo, el burocratismo y el juego oficializado.

Esas tres afirmaciones prácticas de su partido, en realidad y en el fondo se reducen a la preocupación electorera, grave estorbo para toda aspiración elevada.

En el proteccionismo se ve, sobre todo, una gran máquina de contingentes electorales. Porque con él, por una parte, se atrae a los obreros ingenuos de tales o cuales industrias haciéndoles creer que viven sólo gracias a los derechos aduaneros proteccionistas votados por las cámaras para amparar a esas industrias, y por otra parte, se enriquece a fabricantes que saben recompensar con buenos aportes a los tesoros partidarios, cuando no con aportes menos visibles, tan beneficiosa solicitud.

Usted, doctor Legnani, es un hombre tan ingenuo que merecería ser poeta. Ahora me toca a mí llamarlo al sentido de la realidad... ¿Cómo no advierte usted que el proteccionismo se está prestando en este país, y en todos donde se le aplica, a enjuagues como esos en que vemos a algunos industriales contribuir con muchos miles de pesos a las cajas de ciertos partidos después de haber amasado una fortuna fabulosa por virtud de la protección arancelaria, y anunciar al mismo tiempo que clausurarán sus fábricas o despedirán cientos de obreros, si no se elevan nuevamente los derechos de aduana en su beneficio?

Pero apartemos — si usted quiere — la vista de tales cosas desagradables y detengámonos a considerar su argumentación batllista en favor del proteccionismo. Arranca del concepto de que sin las barreras arancelarias morirían en germen las industrias nacionales o no podrían surgir, y que por consiguiente los obreros no tendrían ocupación ni posibilidad de mejoramiento. Reconoce que se encarece la vida de ese modo, pero entiende usted que “implicaría contradicción en el batllismo no tener en cuenta más que ese encarecimiento y matar por anticipado el porvenir industrial y económico del país”.

Que el proteccionismo es un formidable factor de encarecimiento, bien a la vista está entre nosotros. Los artículos que han sido puestos bajo el alcance de las tarifas protectoras, se han encarecido extraordinariamente, como todos lo sabemos. Recordemos los sombreros y los paños. La protección a los tejidos de algodón y de lana — hablo de esta industria porque es la niña mimada de nuestros proteccionistas y ahora mismo se proyecta acordarle una protección más eficaz — obliga a nuestros trabajadores — que no visten siempre de blusa — a pagar más de cuarenta pe-

sos por un traje de casimir. En cuanto a la técnica de la industria, se mantiene atrasadísima, a causa de que se la pone a cubierto de toda concurrencia. Nuestras fábricas de casimir no peinan la lana. Producen, pues, artículo toseco que se cobra igual que el más fino de Inglaterra, por que su precio crece con todos los encarecimientos impuestos al artículo del exterior. Y no han hecho tampoco aumentar la población obrera de la república en forma apreciable, dado que monopolizan la producción (el proteccionismo crea los “trusts”) y controlan el mercado a fin de servirlo sin mayores medios, acumulando, además, un capital tan grande de reserva, que ninguna empresa se arriesga a establecerse para entrar a competir con “los primeros ocupantes”.

¿No le indica a usted nada el hecho de que todas las facciones de la política criolla coincidan en su amor al proteccionismo? Los oribistas, cuyo reaccionarismo usted puntualiza con tanto ahinco, acompañan a Batlle y a usted en esa política económica. Ello se debe, por un lado, a la inquietud electorera; pero por otro lado, al secreto e instintivo temor de que el librecambio precipite la transformación de nuestra estructura agraria. Porque la ortopedia de los avances proteccionistas crea la ilusión de un florecimiento industrial a corto plazo, y el país queda confiado esperando los prodigiosos efectos progresistas de ese tratamiento o permanece entretenido con el juego de los fabricantes que se establecen y las fábricas que se abren — aunque sean pocas — a la sombra de las tarifas. Mientras que, desaparecido ese andamiaje engañoso, habría que pensar seriamente en concluir con el latifundio ganadero para sustituirlo por un más racional y menos primitivo aprovechamiento de la tierra, poniéndola al alcance del trabajo, multiplicando las granjas para que la producción ganaderil se haga intensiva y la agricultura pueda desarrollarse. Habría que hacerlo sin tardanza, porque entonces, caído el aparato de las trabas a la importación, se vería claro el cuadro de nuestra realidad económica, y porque ese sería el único procedimiento seguro para determinar el desarrollo de las fuerzas vivas de la República. Habría que hacerlo para que las corrientes inmigratorias, acrecidas a causa del descenso del costo de la vida, hallasen ocupación en las oportunidades multiplicadas por todo el encadenamiento de actividades a que daría lugar la apertura de nuestra campaña a las corrientes del progreso.

El batllismo no percibe ese aspecto del problema porque mira la realidad social con los ojos miopes del espíritu politiqueril, que sólo descubre el efecto inmediato de las soluciones en el diagrama de los comicios, y calcula que de cien obreros de esta fábrica y doscientos de la otra, qui-

nientos de otra más, tendrá varios centenares seguros de votos y hasta de propagandistas, sin importársele el perjuicio difundido que ocasiona a todos los trabajadores de la nación, ya que la inmensa mayoría de éstos no sabrán discernir la verdadera causa de su empobrecimiento. Podría hablarle de las otras fases trascendentales del tema y referirme a la función de hostilidad internacional que el proteccionismo cumple en la vida económica de los pueblos, como asimismo advertirle de la contradicción que encierra entusiasmarnos hasta el delirio ante los triunfos de la aviación, los progresos de los transportes marítimos y terrestres, de los medios de comunicación que suprimen las distancias y acercan los países — y levantar en nuestra casa murallas chinas para que no lleguen hasta nosotros esos vehículos de la riqueza universal. Pero usted dirá que eso es tomar el asunto muy por lo alto, y yo me resigno a descender.

Pasaremos al capítulo del burocratismo. Se empeña usted en convencerme de que hago de la palabra “zángano” un empleo abusivo aplicándola a quienes no lo son. Yo había dicho: “hinchazón del presupuesto en función de proselitismo o en tren de saqueo a las fuerzas productoras para beneficiar a muchos zánganos de la colmena”. Usted me atribuye una especie de fobia ilimitada contra los empleados públicos, sin excepción. Eso le sirve para tomar la posición simpática de defensor de pobres quebrando una lanza por los proletarios del presupuesto. Como si yo no supiese distinguir entre los modestamente retribuidos y los fastuosamente remunerados; entre los que sirven para algo y los que no sirven para nada. Precisamente censuro esa “política de acomodo” — frase que le molesta — porque ella conduce a una subversión odiosa de los valores en los cuadros de la administración pública, pues ella implica “acomodar” a los paniaguados sin consideración ni para los otros funcionarios, ni para la administración, ni para los dineros públicos.

Usted se siente feliz poniendo a contribución su influencia para emplear gente. Le gusta “ubicar”. Eso le encanta y se considera eximido de preguntarse si no adolece de un feo inconveniente un sistema de dar trabajo que estimula el pedigueño de las influencias políticas para conseguir puestos rentados.

Reedita la tesis tan cara al batllismo de que el Estado debe aumentar sin reparo su presupuesto, no para multiplicar y extender siempre más los servicios necesarios o útiles al pueblo, sino para multiplicar el número de los empleos, dando así a muchas personas la oportunidad de percibir un sueldo, que no les ofrece el capitalismo poco emprendedor, ni

han de encontrarla “en los latifundios de los nacionalistas” (¿los colorados no tienen latifundios?).

No se ha inventado hasta ahora nada mejor para transformar a una nación entera en un pueblo de holgazanes y viciosos.

Eso es constituir, por designio de una política que pretende ser altamente democrática, una casta que vive parasitariamente de los recursos generales. Porque no puede decirse que esos vivan de las rentas públicas obtenidas sobre el privilegio. Y aunque así fuese ¿qué ventaja habría en gravar un privilegio — el de los terratenientes, por ejemplo, la renta del suelo — para crear otro privilegio, el del sueldo no ganado? Además, las entradas del Estado, sea cual fuere su procedencia, no deben dedicarse a mantener zánganos, sino a servir las necesidades del pueblo, que son muchas y se atienden sólo en muy pequeña parte. Esa es la única manera admisible de dar circulación al dinero de los ricos contribuyentes. Luego, esa inversión de los recursos en gastos improductivos, constituye uno de los factores del enrarecimiento económico por el retraimiento de los capitales, pues éstos, atraídos por las seducciones de una deuda pública que paga altas primas, se apartan de las empresas y negocios. Y el presupuesto y las deudas que se contraen a causa de la mala inversión en que se disipan las rentas nacionales, descansan sobre todo, en las necesidades y el trabajo del pueblo. Esto es lo que hace de todo punto inadmisibile una política financiera que se jacta de fomentar el burocratismo, como un medio de vitalizar al país, y lo alimenta con tributos arrancados a la producción y a la vida de las clases populares.

La aduana vierte en las cajas del erario nacional más de 16 millones, de los cuales puede calcularse que las tres cuartas partes salen de los artículos indispensables para la alimentación, el vestido y el trabajo de los proletarios. Casi lo mismo puede decirse de los siete millones de impuestos internos, entre los cuales el del azúcar produce 350.000 pesos, el de los fósforos otro tanto, el de las especialidades farmacéuticas, 156.000; el carbón mineral, 100.000, sin contar con que el de tabacos (el fumar es el menos dañoso de los vicios y la más imperiosa de las necesidades para mucha gente) contribuye con cerca de dos millones. Añada usted 1.100.000 pesos de papel sellado, impuesto que no recae exclusivamente sobre los litigantes ricos; y 800.000 del de timbre que tampoco excluye a los pobres. Agrégue todavía los tres millones de patentes de giro que no perdonan ninguna actividad útil, ninguna industria y comercio necesarios. Y tendrá una montaña aplastadora para las espaldas del pueblo.

¡Como no he de protestar contra ese sistema tributario! A usted no le inquieta que se aumenten los impuestos que encarecen la vida, porque usted que demuestra en una de sus cartas cierta aversión a los textos universitarios, entre lo mucho que ha leído, leyó un libro de nuestro común amigo don Pedro Cosío, su correligionario. Pero ese es un libro que está en perfectas condiciones para que lo declaren texto oficial en cualquier universidad de estos países de América. Porque viene a prestarnos el señalado servicio de justificar, con una doctrina deliciosa, los peores sistemas impositivos. Don Pedro Cosío, que por lo demás es un estudioso respetable, un hombre de positivo talento y sin duda nuestro primer erudito en materia de finanzas, en ese libro inventó — si no recuerdo mal — el procedimiento para asar la manteca. En efecto, descubrió que el precio que los comerciantes cobran por las mercancías, es un precio-impuesto, impuesto al público naturalmente. (Si esto parece de Muñoz Seca, la culpa no es mía). Y de ahí deduce que el Estado puede agregar otros impuestos más sin influir en los precios... Todo un encanto de teoría!

Finalmente, el juego. Para usted el juego no es malo si sirve para algo bueno. El oficializado es bueno — dice — porque se le vincula a fines de utilidad. “El batllismo no niega que sea malo pero sostiene que puede ser bueno”. De él salen fondos para la asistencia pública y para el erario municipal.

Ahí tiene usted: si el batllismo tuviese en su mentalidad las alas del espíritu poético, que a su juicio inhabilitan para moverse con cordura en las anfractuosidades de la política, sabría ver que ninguno de los fines útiles invocados puede justificar los enormes males que el juego ocasiona. Porque esos fines pueden y deben ser atendidos con recursos de otra índole. Sin duda, para ello habría que renunciar a la táctica del fomento del burocratismo próseltista, especialmente en el municipio, y comprender que todos, absolutamente todos los gastos militares sobran en nuestro país, como las legaciones y muchas oficinas o cargos administrativos. Podría darle, particularmente por lo que atañe a los gastos bélicos, razones de “idealidad práctica” — no es paradoja — para demostrarle cómo podríamos pasarnos sin esas erogaciones millonarias. Pero esas razones las he expresado muchas veces y debo hacerle gracia de ellas a esta altura de mi interminable epístola.

Por no ver más que las inconveniencias materiales inmediatas y del momento, el batllismo no ve los innúmeros daños morales y de todo orden

— materiales también — que la difusión del juego acumula sobre la suerte de nuestro pueblo, todo a lo largo del camino infinito de las generaciones. Olvida desde el trastorno que introduce en los buenos hábitos de economía doméstica hasta el deplorable influjo sobre el carácter y la psicología colectivos, pues el juego aparta del trabajo, mata el estímulo para las actividades fecundas, nos acostumbra a confiar en la suerte más que en nuestro esfuerzo, nos vacía el alma de inquietudes generosas; nos disuelve la voluntad, nos corrompe, nos envilece, nos aniquila.

Así tampoco advierte que es un crimen corromper la fibra moral de la ciudadanía con lo que usted llama “ubicacionismo”, y estibar en la administración pública las energías de miles de hombres jóvenes y fuertes para que se transformen en parásitos, como pretendido medio de abrir el país a las fuerzas vivas sin colocación.

¡Y después nos desvivimos por perfeccionar la escuela y hacer de la instrucción pública una gran orientadora del carácter que prepare hombres sanos de cuerpo y de alma!... ¿Para qué? Si fuera de la escuela han de hallarse rodeados, por todas partes, de los más formidables elementos de corrupción, de disolución y de envilecimiento! Si en el ambiente de la vida ciudadana en el hogar, en la oficina, en la calle, respirarán, sus pulmones, desde el nacimiento hasta la muerte, todos los virus desparamados prodigamente por una política a la que el árbol no le deja ver la selva, y que, afanosa de inmediatas ventajas, sacrifica a sus urgencias materialistas el porvenir y la salud moral de las generaciones!

No crea usted, doctor Legnani que los partidos con más idealidad son los menos eficaces. No obran con altura los que no piensan alto.

Y ahora, sólo réstame, retribuyendo la serena cortesía personal de sus réplicas, manifestarle que en las mías, si he puesto como acostumbro, empeño persuasivo y pasión, amén de algún inocuo rasgo sonriente, no he querido poner nunca veneno ni irrespetuosidad para su persona.

(“Imparcial” — 1927)

UN «PIDO LA PALABRA»

El señor Batlle y Ordoñez, en la inconfundida polémica que mantiene con el doctor Díaz, ha vuelto a decir (veasé su artículo de ayer) que muchos socialistas le acompañaron en las elecciones del histórico 30 de Julio. La insistencia en sostener esa tontería y la traviesa malignidad con que quiere desconocer a nuestro partido su carácter de tal por no haber podido llevar sino dos representantes a la Constituyente, parecerían descubrir el propósito de tirarnos de la lengua... Puede que nos hagamos ilusiones... Sea como fuere, al pedir la palabra para responder a esas dos "provocaciones" inesperadas, no pretendemos terciar (¡librenos Dios!) en esa controversia que el señor Batlle, como de costumbre, se propone ganar por el cansancio del contendor... y de los lectores. Preferimos coneretarnos a lo que tan de cerca nos atañe, felices — eso sí — de que el porfiado discutidor de Piedras Blancas revele el deseo de cambiar algunos tiritos con nosotros, sobre todo ahora que, para mejor retribuirle, nos proponemos sacar un diario cuyo primér número verá la luz el 2 de Setiembre.

¿Quiénes son los "muchos socialistas" que votaron con él el 20 de Julio? El señor Batlle abusa de los términos (Si solo hubiera abusado de eso en su vida pública!...) En el sentido político, solo puede llamarse socialista al que desea la organización política de los trabajadores en un partido de clase, cuyo fin sea la conquista del poder para la implantación de un sistema económico basado en la socialización de los medios de producción y de cambio. Quien no milita en ese partido de clase no es socialista. Quien vote por los candidatos de otros partidos, en vez de hacerlo por los de ese, que es la organización política del proletariado para la propogación del socialismo y la realización de los postulados socialistas, desplegando una acción práctica de mejoramiento y elevación orientada e inspirada por inconfundibles principios y sustentada en una doctrina de sólidos fundamentos científicos — no es socialista ni tiene la menor idea de los deberes inherentes a la condición de tal.

El socialismo adopta un medio específico de acción: la lucha de clases, en el terreno político y económico; y persigue una finalidad característica: la socialización de la propiedad. Dicho método excluye la actua-

ción en partidos que no sean ese partido de clase de los trabajadores; y dicha finalidad distingue a los socialistas de los simples obreristas sin tendencia social.

Los "socialistas" que acompañaron en aquel momento al señor Batlle eludían la obligación esencial y adjetiva de entrar a la lucha de clases, en el campo político, dentro de los cuadros del partido obrero, y no propugnaban tampoco — estamos seguros — ninguna idea de reformas constitucionales "socialistas". ¿Por qué los llama el señor Batlle "socialistas"? Es una confusión deliberada muy cara al batllismo, siempre dispuesto a embancar a las masas populares con rótulos prestigiosos.

Hubo un tiempo en que los batllistas calificaron, por boca del meridional doctor Arena, socialistas... sin bandera. También Sampognaro (—imagínense ustedes;) se dijo socialista. Y el doctor Viera, al asumir la presidencia como discípulo y lugarteniente del señor Batlle, prometió hacer socialismo. Para ellos hacer lo que hizo Batlle era hacer socialismo, porque esa denominación constituyó una como consigna igualmente aceptada por los partidarios y los adversarios. Aquellos llamaban a esa política "socialismo", para prestigiarla ante las multitudes obreras; estos la llamaban así para desprestigiarla entre los elementos conservadores.

Recordando sus tiempos de vinculación política con el "Iluminado", mi buen amigo el Dr. Carvallido, (hoy vierista), que tiene, sin duda, desde entonces un concepto muy endeble del socialismo —se proclamaba hace unos días socialista, en la Cámara, ante el risueño estupor de algunos oyentes irónicos

Socialistas de esa especie son los que votaron el 30 de Julio la lista colorada.

Los socialistas... sin bandera, como Arena y Sampognaro, estaban todos con el oficialismo.

Y eran legión! Se explica... Ser socialista sin bandera es decir, sin ideales, y con garantía de obtener altos sueldos del erario público, resultaba una ganga.

No le extrañe, pues al señor Batlle que los socialistas con bandera seamos tan pocos. Nunca hemos puesto nuestro orgullo en ser muchos, sino en ser conscientes, altivos y desinteresados. Porque tenemos un programa definido no podemos crecer tan rápidamente como las agrupaciones efíicas caóticas que, al igual del batllismo, extienden sus tentáculos electorales hacia todas las zonas de la opinión, ofreciendoles a los obreros reformas avanzadas y dándoles a los enemigos de los obreros —

como Viera y compañía — puestos bien rentados o de decisiva influencia sobre la suerte de la República; conciliando las declamaciones socializantes con el militarismo, el tradicionalismo y el caudillismo; confundiendo en un abrazo, dentro de la misma beligerancia partidaria, a los proletarios y a los grandes abastecedores; poniendo los ideales modernos y los principios renovadores a cada instante proclamados, bajo el amparo y el “prestigio” de la divisa anacrónica y del general Galarza.

Nuestro camino es difícil y las fuerzas contra las cuales debemos abrirnos paso cuentan con el concurso formidable de los prejuicios arraigados, de los viejos hábitos mentales y sentimentales, de la inercia cerebral de un pueblo políticamente anquilosado por la embrutecedora idolatría personalista y el fanático partidarismo histórico. Con todo, realizamos progresos incesantes que acaso deparen dentro de poco alguna desagradable sorpresa a quienes como el “caudillo civil” del batllismo nos desdeñan porque nos creen dotados de una insignificante capacidad electoral.

INDICE

	<u>Pág.</u>
Ariel y Caliban	5
La viga en el ojo	8
Nacionalismo	14
Nuestra ingratitud	18
Rematando la suerte	22
Nuestras razones	25
Con Don Pepe "El tranquilo"	27
Lo que dije	36
Mi renuncia; y yo	42
Carta abierta	47
Un "Pido la palabra"	60

